

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIA. — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 24. — Julio 19 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica de Paris, por JULIO LECOMTE.—Correspondencia de Sicilia, por DURAND-BRAGER.—La muerte de Cristóbal Colon, por LEO DE BERNARD.—Una aventura de Carnaval, por FEDERICO DE LA VEGA.—Exequias de S. A. I. el principe Geronimo, por MAC VERNOLL.—Crónica de Madrid, por JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.—Los Riflemen llevados en triunfo por los Orfeonistas, por ALBERT.—Ascension al monte Blanco, por MAXIMO VAUVERT.—El palacio de las

Termas y el hotel de Cluny, por MAXIMO VAUVERT.—Crónica de Tribunales, por PETIT-JEAN.—Paris desconocido, por GOURDON.—Llegada á Lyon de diversos destacamentos de la brigada de Saboya, por E. JULIN.—Incendio del colegio de San Guillermo en St asburgo, por LEO DE BERNARD.

GRABADOS.—La muerte de Cristóbal Colon.—El square del palacio de las Termas y del hotel de Cluny.—Alto de la columna del general Turr en Messineri.—Alto de la columna del general

Turr en Villafraati.—La brigada del general Bixio saliendo de Messina: Desfile en la plaza de la catedral.—Las exequias de S. A. I. el principe Geronimo Bonaparte: Llegada del cortejo á los Inválidos.—El convento de los Siete Angeles en Palermo, despues del bombardeo.—Los voluntarios ingleses llevados en triunfo por los Orfeonistas.—Los guias de Chamouni ascendiendo al monte Blanco.—Llegada á Lyon de las tropas de la Brigada de Saboya.—Incendio de San Guillermo en Strasburgo.



H. LINTON Sc.

BOCOURT Dp.

Exposicion del Boulevard de los Italianos. — La Muerte de Cristóbal Colon, cuadro de M. Robert Fleury.

Ayuntamiento de Madrid

CRONICA DE PARIS.

Por mas que mis lectores digan que es una paradoja, voy á establecer como principio absoluto: Que una dolencia cualquiera, ya física, ya moral, es una ventaja inapreciable para las personas que se distinguen por el talento. Y añadiré que, en una sociedad como la nuestra, es preciso, cuando realmente no se tiene enfermedad alguna, ó finjirla, ó hacer todo lo posible por obtenerla. Me explicaré.

Tomemos por ejemplo la mas comun de estas enfermedades acomodaticias: la miope. ¡Para cuántas cosas no puede servir, sobre todo, al falso miope! Lo mismo tratándose de las personas que de las cosas, no vé sino aquello que no le acomoda. Ni ve, ni oye, ni entiende lo que no le interesa, lo que no le conviene, lo que imagina que ha de serle inútil ó perjudicial. Pero hablemos en general de los escéuticos, porque tengo á mi vista, nada miope, el ejemplo de un ente de esta especie, que, á causa de su enfermedad, consigue obtener en toda clase de asuntos una porcion de ventajas verdaderamente envidiables.

Generalicemos:

En efecto, nadie me negará que cuando un sujeto ha sido declarado raro, escéutico, original, y aunque sea un tanto lunático, goza por todas partes una especie de privilegio de impunidad, de un *bill* absoluto de indemnidad. Cuanto en la vida social da márgen ordinariamente á desazones, conflictos, enemistades, escándalos, pleitos y litigios, pierde su grave importancia y se toma como cosa de risa cuando se trata de *fulano*, ente original y escéutico! — Si no responde usted á las cartas que cualquiera le dirige, si no paga las visitas que le hacen, si corresponde con un mal proceder á otro bueno, si usted no hace absolutamente sino lo que le conviene y le agrada, sin miramiento á la educacion, á la sociedad y aun á las mismas leyes ¿qué importa? ante todas estas enormidades nunca falta uno que para que nadie se enfade, ni se enfurezca, ni se indigne, esclame cándidamente: —Bah! son cosas de fulanito! no hay que hacerle caso!... es un ente *muy original!* De manera que puede usted recojer á sus anchas el fruto de sus útiles escetricidades.

Mas si, por ejemplo, un hombre de vida regular, de carácter serio, de conducta ordinariamente lógica, se permite la cuarta parte de lo que de buen grado se tolera al escéutico, por donde quiera se levantará en torno suyo un grito de reprobacion general. Si se arroga las libertades del *original*... se ve convertido en blanco de mil enemistades, — retado á muerte, — citado ante los tribunales, — condenado, en fin, por todas las leyes del código y del buen tono, mientras que para su vecino, para el ente escéutico... nada! todo el mundo ríe sus agudísimas ocurrencias; pero ¿quién se ríe mas que nadie? él mismo, el autor de las graciosas hazañas autorizadas por el aplauso de los otros, y su risa es la moneda con que paga las necias muestras de aprobacion con que le acojen sus infelices víctimas. Fresca, reciente, casi de ayer, palmaria, tenemos la prueba de esa ley de embudo con que se juzga á dos diferentes individuos, de los cuales uno pasó por ente *original* y el otro por hombre juicioso.

He aquí el caso:

Trátase de un editor conocido que compra el mismo dia dos manuscritos á dos autores, á quienes me abstendré de calificar, para que ningun curioso los conozca, designándolos sencilla y algebráicamente por A mas B.

Ante todo, el lector debe saber que, hace un año, A habia vendido por primera vez á otro editor un manuscrito por el que recibió una fuerte suma anticipada, hasta la total entrega de la obra. Concluida ésta, en lugar

de llevarla al editor que habia satisfecho la indicada suma, va á ofrecérsela á otro nuevo comprador, quien acepta el trato y se la paga por completo.

Por su parte B, habiendo terminado una novela, se presenta á este mismo y último editor, la ajusta, y al cabo de ocho dias la entrega y recibe su precio.

Trascurrido un mes, y al dar principio á la impresion de la obra, B pide los últimos capítulos para revisarlos y reformar el desenlace, escrito con alguna precipitacion por recojer la suma, que le hacia notable falta. Al punto el editor pone el grito en el ciclo:

« — Eso es no tener delicadeza! — esclama; — porque al fin si B se hubiese muerto desde que me entregó su manuscrito habria dejado en mis manos una obra incompleta! En verdad que no sabe uno de quien fiarse! Y sin embargo, B.. pasapor un hombre muy honrado.

» — Pero, hombre, — le dicen — en vez de quejarse tan amargamente del bueno de B ¿por qué no echa usted sapos y culebras contra A que le vendió por segunda vez un libro que no le pertenecia, puesto que se le tenia vendido á un primer comprador, libro que tendrá usted que restituir despues de un enojoso litigio?

» — Bah! qué remedio! — contesta el editor, cuyo semblante refleja repentinamente una espresion benévola y paternal. — Ese A es tan *estravagante!* ¿quién puede enfadarse con él? »

Por esta anécdota, casi de ayer, se patentiza que el *original* A tiene en su mano todos los medios posibles de sacar provecho propio, — incluso los no muy leales, — amen de la impunidad, — mientras que la severidad, la injusticia, las recriminaciones caen sobre el juicioso B — quien carga á pesar de su notoria honradez, con ajenas culpas!

En el teatro, la escetricidad, natural ó finjida, es una mina rica de explotar. Un actor llega tarde ó falta á un ensayo. El director se enojará sin duda, será severo en sus reconvenciones, en las multas con la actriz X, que no acostumbra á ser inexacta! pero si se trata de una jóven escéutica... el director lo toma á risa. Tiene la niña cosas tan originales!

Hace apenas seis meses un actor de nota consintió en representar una pieza en el beneficio de otro artista desgraciado. Todo está pronto, la recaudacion en caja y llegada la hora... pero quien no llega es el actor que debe entrar en escena una hora despues! La alarma es general, grande el terror del beneficiado. El lema tremendo de « devolver el dinero » resuena angustiosamente en sus oidos: su situacion es digna de lástima! Despues de informarse repetidas veces si ha llegado el célebre actor, van á buscarle á su casa; no está. Entran en un café próximo y el gran ministro de Talia se ocupaba allí tranquilamente en jugar al dominó. El beneficiado esclama:

« — M. X... por piedad hácia mí, por respeto al público que le idolatra, venga usted pronto á vestirse, porque sin duda usted ha olvidado que tiene que entrar en escena antes de diez minutos!

» — Toma! toma! con que trabajo esta noche?

» — Cómo si trabaja usted? El anuncio lo dice hace tres dias.

» — Entonces mi nombre debe estar escrito en letras muy pequeñas, porque no le he leído!... verdad es... que soy muy corto de vista!

» — Qué hombre tan original! — esclaman los que estan sentados alrededor suyo. »

Al pobre beneficiado, que oye tronar una horrible tempestad sobre su cabeza, y que temia por los productos de su beneficio, le ocurrió otra frase con que calificar al actor en voga, — pero por fuerza encontró chistosa la susceptibilidad del actor que habia querido sustraerse á su promesa, convertida ya en deber, so pretexto de que su nombre no estaba bastante de *relieve* en el anuncio.

Hace pocos años contaba en su seno la grande Opera una *prima donna*, una *diva*, una encantadora hermosura, con un talento extraordinario, de *primo cartello*, con una magnífica voz de soprano sin rival. Pero mas que grande artista y hermosa figura era todo lo que se llama una mujer *escéutica*. Su actual posicion en el mundo detiene nuestra pluma, y nos obliga á no citar mas que un ejemplo de esta *originalidad* no espontánea, sino hábilmente adquirida para cumplir con las necesidades de su vida artistica.

Cierto eminente diplomático, que conoció á la *diva* en Italia, en donde *debutara* en 1850, llegó una noche á los bastidores de la Opera para saludarla y hacerle presentes sus respetos y sus plácemes. Cantábase el Trobador: la heroina estaba reclinada contra la pared esperando el momento de entrar en escena. Apercíbela el diplomático y se adelanta hácia ella con la sonrisa en los labios... cuando un pícaro sirviente de la actriz le detiene repentinamente y le dice:

« — Caballero, ¿tiene usted la bondad de decirme lo que desea?

» — Qué te importa? quién eres tú?... ó mas bien, de quién eres?

» — Estoy al servicio de la señorita... »

» — Pues bien, vengo á saludarla!

É intenta forzar el paso.

» — Dispensadme, caballero, si insisto en no dejarle á usted pasar, tengo órdenes especiales. Si tuviera usted á bien darme su nombre...

» — Dí — responde el alto personaje, molesto con este reconocimiento de aduana — que soy el conde W..., quien de paso por Paris desea saludar á la señorita X... »

Cumpliendo el criado con su encargo, vuelve á los pocos instantes y dice:

» — La señorita... está muy preocupada con su cuarto acto para poder hoy recibir al señor conde... pero le cita aquí mismo para la primera noche en que cante los *Hugonotes* entre el segundo y tercer acto, antes de su gran duo con *Marcelo!* »

Marchóse el embajador para todas las Rusias, sin que se le haya vuelto á ver jamás!

Tan estraña recepcion se divulgó de boca en boca: — « qué mujer tan *original!* » — exclamaron por todas partes. — Tres dias despues, la *diva*, que tenia que renovar su contrata, pidió 100,000 francos. Nunca se habia concedido á nadie en la Opera tan exorbitante sueldo, así es que al principio la autoridad se negó á tan escesiva pretension. Tratóse de entrar en arreglo, y la *diva* respondió con mil chistes mas ó menos oportunos, aunque permaneciendo firme, inflexible en cuanto á la suma exigida. La aventura del embajador habia puesto de nuevo en relieve su reputacion de *escéutica*, sabiéndola explotar tan bien en provecho de sus intereses, que le fueron concedidos los 100,000 fr. anuales...

Al firmar, el director de la Opera esclamaba:

« — Qué mujer tan *original* es esta X!... se le ha puesto en la cabeza que necesita 100,000 francos por año... y cómo negárselos? de lo contrario, nos haria perder diez funciones so pretexto de los nervios, de los catarros, del dolor de muelas y de garganta!

Hoy que la *escetricidad* no le es ya útil, la *diva*, convertida en baronesa, es la mujer mas sensata y razonable que se ha visto, tipo y dechado de las baronesas de ambos mundos.

Para concluir, indiquemos someramente de qué sirve la *originalidad* real ó finjida en la vida pública ó privada.

Si usted no responde á las cartas que le dirijen, — si no devuelve usted las visitas que se le hacen, — en vez de formalizarse, como se acostumbra cuando se trata de un hombre de vida metódica, todos se contentan con repetir sin ceño alguno: Es un ente original!

Va usted al boulevard con sombrero de paja, — al Teatro Italiano con traje de mañana, — bebe usted tres botellas de Burdeos al comer con un amigo en la fonda, — niega us-

ted á una dama un asiento en el teatro, — fuma, donde está prohibido, — habla donde debe callar, — calla donde debe hablar, — falta á las citas, y rehúsa el favor solicitado, — es indiscreto con las señoras, — sordo con los acreedores, — exigente con los deudores, — empedernido con la desgracia, — reacio á un desafío, — en fin, es usted incómodo, impertinente, egoísta, intolerante, grosero... pero ¿qué importa? todo le es á usted lícito y perdonado por su grande reputación; y si alguno se queja, la respuesta es bien sabida: Todo el mundo dirá al paciente señalándole á usted: « ¿Qué remedio? es un ente original! »

Resúmen:

Si el lector quiere hacer en este mundo cuanto se le antoje, reirse de los usos y de las leyes sociales, hollar la educación, la delicadeza y el buen comportamiento, que procure con una serie de actos extravagantes hacer pública la singularidad de su carácter... y así colocado en la escena puede tranquilamente desempeñar el papel que mas le agrada en la comedia de la vida! Y mientras los hombres sensatos incurren con sus dislates en la indignación pública, el lector *escéntrico*, viviendo y obrando á su antojo, tendrá de su parte los aplausos y las sonrisas de benevolencia, y el consabido *bill* de indemnidad para todas sus *gracias*.

Ventilase en este momento en Munich un litigio de naturaleza estraña. Trátase de la reclamación de ciertas sumas que una mujer que fué jóven, pero nunca hermosa, consiguió de un anciano, empleando para ello todos los recursos de la imaginación femenina. A la muerte de éste, los herederos reclaman que se les devuelva cerca de un millon cuyo legado, en su concepto, no se halla justificado en manera alguna, y el abogado de los demandantes hace valer el siguiente original argumento:

« — Vean los señores jueces, — les dice — si puede justificarse nunca el donativo de semejante suma! es mas fea que las brujas de Macbeth, y pasaba de cincuenta años cuando la conoció M. de W!... »

¿Es decir, señor abogado alemán, que si la dama hubiera sido jóven y linda, el millon seria mas legítimo en sus manos? La lógica es peregrina y la moral edificante.

En tiempo de Luis XVI se vió un hecho casi análogo, relativo á un alto personaje. Los pares se reunieron en el Parlamento para examinar la queja de soborno de testigos que una dama, — Saint-Vincent — que tampoco era hermosa, promovía contra el mariscal de Richelieu, ya muy anciano. Éste exclamó:

« — ¿Podrá nadie sospechar que yo hayado cuatrocientas mil libras por semejante cara? »

« — Caballero, — respondió M^{me} Saint-Vincent — no es por mi cara por lo que ha dado usted esa suma... sino por la vuestra! »

Difícil seria salir de tan mal paso con mayor oportunidad.

No hace mucho tiempo todo el faubourg Saint-Honoré estaba preocupado con la prematura muerte de M^{me} Virginia de C^{***}. Era una de las mas elegantes, una luminosa estrella de los aristocráticos salones, una sílfida con su delicada cintura, un escrúpulo de cintura de abispa. Habíanla visto en el último baile de las casas consistoriales, perdida en su vestido de muselina de India, pálida como su traje, á pesar del calor, pero con esa palidez de tierra que sólo brilla al reflejo de las luces artificiales. Una dama pequeña y de abultados contornos no pudo menos de elogiar, á su despecho, aquella cintura esbelta y fina... ó mejor dicho aquel tallo de una flor segada al día siguiente!... Madama de C^{***} oyó la celosa exclamación: volvió la cabeza y sonrió con oculto y loco contento... Dos días después era cadáver!

Quiso su familia indagar la causa de la repentina muerte de una jóven en medio del hermoso festín de su vida. Procedióse á la au-

topsia y ésta descubrió tremendos estragos en su constitución. M^{me} de C^{***} tenía tres costillas hundidas en el hígado... De eso se muere á los veintitres años! y no de fiebres tifoideas ni de la santa labor de la maternidad. El corsé, el corsé!

Muchos no gustan de las mujeres delgadas, provocadoras perjudiciales, con su fatal ejemplo. Y si esa inarmónica exajeración ofreciese á la vista algun bello atractivo! Respondan los artistas, los hombres de gusto, qué les parecen esas muñecas absurdas: que digan si el sentimiento de lo bello, hijo del estudio de las obras maestras de las estatuas antiguas, única y suprema belleza, no se horroriza al ver esas deformidades que recuerdan al punto los tristes desórdenes orgánicos.

Dos señoras muy conocidas en la sociedad de concurrentes al Teatro de la Opera, inspiran serios temores á sus familias. Una, la marquesa de V..., se condenaba á una especie de inanición: Otra, aunque no pertenece á la alta sociedad, sin dejar de ser menos ridícula, fué sorprendida bebiendo vinagre: las dos quieren enflaquecer. Prefieren la muerte á la grosura. La primera cayó en tal postración, que demanda el mayor esmero y solicitud para restablecerse, alimentándola con pechugas de gallina triturada y mezclada con carne cruda de ternera desmenuzada tambien. En cuanto á la segunda, viéndola languidecer su marido durante seis meses, hizo mil pesquisas y supo por una camarista que la señora al levantarse bebía diariamente un gran vaso de vinagre...

Nunca se zaherirá, ni vituperará bastante tan culpables locuras, mas comunes de lo que se piensa á hijas de la coquetería mas digna de desprecio. En efecto, no es tan ridículo como criminal en las madres el descuido con que dejan á sus hijas sacrificarse en el altar de la tisis, á impulso de un corsé! Las enfermedades de todas las épocas nacen de sus modas. Hubo un tiempo en que era de buen tono la gordura: era á principios de este siglo y quizá parecerá exajerado consignar que una bailarina, á la sazón ídolo del público, Madama Vigano, se encontró en estado interesante y las damas aristocráticas se arreglaron un volumen especial para asemejarse al tipo en moda — á la Vigano! Puede concebirse una cosa mas absurda y grotesca? Llevábase entonces el talle... no en la cintura, sino debajo de los brazos, y como, efectivamente, ciertas modas enjendran determinadas enfermedades, durante este tiempo en que las mujeres se ceñían el pecho inmoderadamente, se desarrolló esa especie de epidemia de cánceres que invadió á todas las familias. El abuso del corsé, de las insensatas ligaduras, produce hoy en los órganos mas esenciales á la vida diversas enfermedades especiales que diezman la generación. Porque es un hecho incontestable que las mujeres degeneran y que en muchas familias choca ver á una madre robusta al lado de su hija raquítica y enclenque. Oprimidas noches enteras en esa camisa de fuerza, llamada corsé, y sentadas largas horas en sillas estrechas é incómodas impuestas por la moda, tan absurda como todo lo demás, de hacinar jente en los reducidos salones de Paris, las mujeres contraen esas enfermedades orgánicas que ocasionan crisis terribles y con frecuencia mortales. De este estado general de cosas nació una espresión familiar para responder á los que venían á visitar al bello sexo:

— La señora no recibe... está *descansando!*

Descansando! No hay sala ni cuarto en donde no se encuentre un sofá destinado á recostarse, á curarse durante algunos días el mal causado por la presión del corsé. *Se descansa* de este modo algunos días por mes hasta el momento de descansar en otro sitio... de donde nadie se vuelve á levantar.

Un habitante de Tánger, llamado Seffi-Abar, jóven, asaz feo, pero muy rico, se apasionó en extremo de una hija de cierta condesa

viuda que habita en las cercanías del Cuerpo Legislativo. Habiendo logrado entrada en la casa, á título de *curiosidad* mas bien que de pretendiente, el Marroquí se entregó á varias escenticidades, ajenas á nuestras costumbres, merced á lo cual y á la intervencion de un pariente, tuvo que abandonar el campo. Mas andando el tiempo. Seffi-Abar volvió á encontrarse en Dieppe con el ídolo constante de su corazón, por mas que hubiese estado separado de ella, y renovó entonces sus instancias matrimoniales. La condesa tomó el partido de ausentarse clandestinamente por la noche para sustraer á sus hijas á la estraña conducta del Africano. Al saberlo éste, dió tales pruebas de enajenación mental, que fué preciso conducirlo á Paris y encerrarle en una casa de dementes en donde continúa en un estado de exacerbación sin igual.

No es ya esta la primera vez que el corazón de los hijos de Africa es víctima de los encantos femeniles de Francia. Aun no habrán olvidado nuestros lectores que el emperador Muley-Ismael se enamoró de la princesa de Conti á la vista de su retrato y que envió un embajador á Luis XIV solicitando la mano de esta princesa, tan hermosa antes de ser desfigurada por la viruelas. El emperador de Marruecos que pretendía aliarse á la sangre de Luis XIV y de La Valière era uno de los déspotas mas sanguinarios. Desechada por la condesa la pretension de Seffi-Abar, declaró éste al general R..., pariente de aquella, que deseaba ofrecerla la mitad de sus cuantiosos bienes. Ya veremos si el Marroquí, variado su estado, prueba con su testamento la verdad de su loca pasión.

Hay miserias crueles tanto mas lamentables, si se conociesen, cuanto que son soportadas digna y pacientemente.

Días pasados, un jóven, oficial de la legion de honor, se aproximó, á las cuatro de la tarde, al señor de Roth... en pleno boulevard.

« — Señor baron, — dijo el oficial saludándole, — dispénsese vd. si me tomo la libertad de molestarle en medio de la calle... pero tengo que dar un asalto á su bolsillo y á su corazón. Acabo de separarme de *** y estoy sumamente afligido! vd. le conoce de nombre. »

Ha escrito cincuenta volúmenes, dos de los cuales merecieron ser premiados por la Academia: tiene una mujer y tres hijos: su miseria es horrible! Ha vendido hasta la última pieza de sus mezquinos muebles de casa. Ayer, el portero embargó al paso una cesta de libros que enviaba á buscar un comerciante de desechos de bibliotecas. El portero se negó á que nada pasase... porque ni quedaba siquiera en la habitación con qué garantizar el pago del alquiler... Soy un amigo de infancia de *** señor baron, no me encuentro en estado de prestarle ningun socorro; mas si usted quisiese..

En esto un transeunte, viendo al banquero, se le acercó. El oficial conoció que era un alto funcionario y por discreción se calló... y se separó á alguna distancia. El baron le dijo:

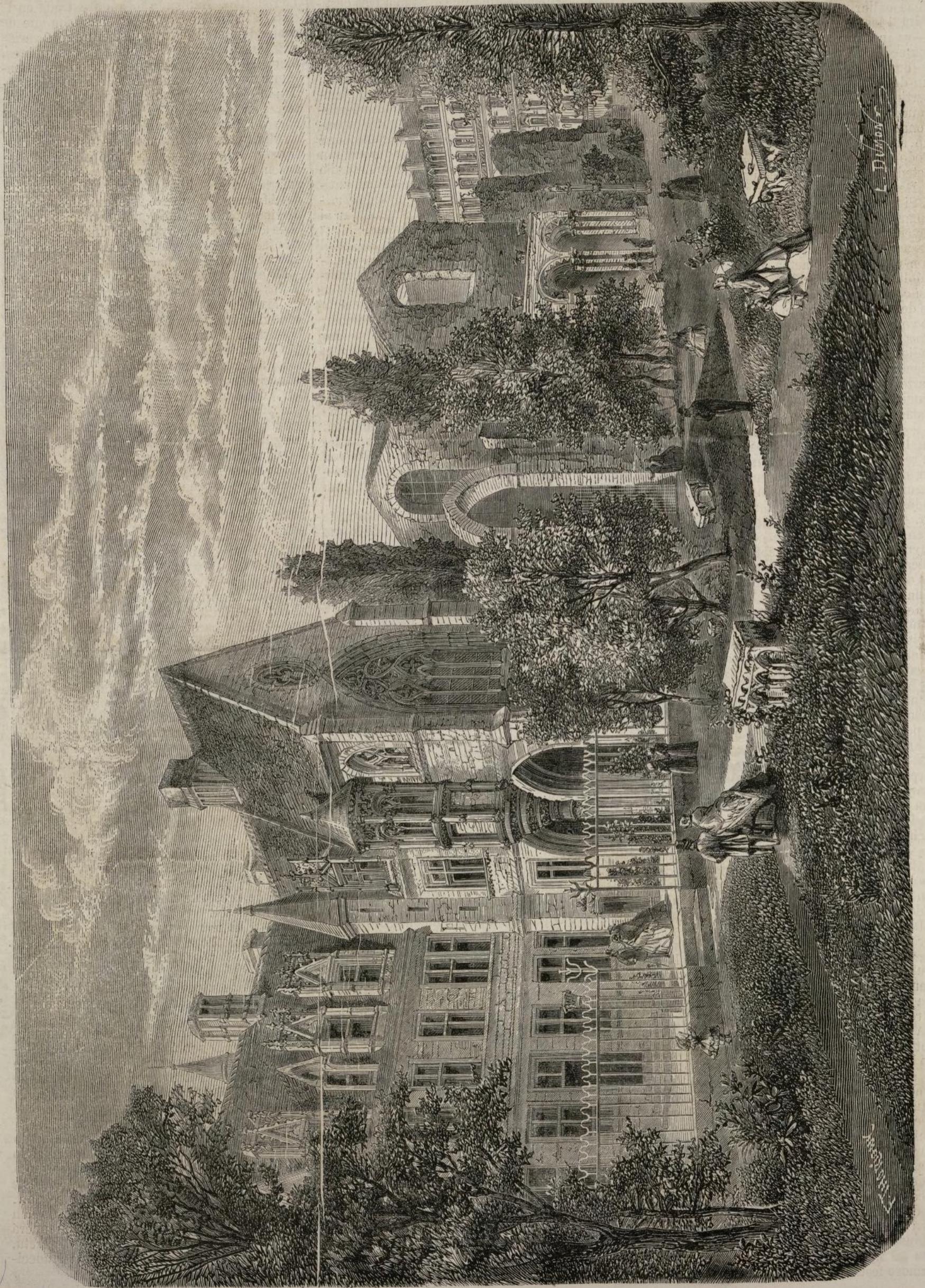
« — Corriente, caballero... doy á usted mil gracias... pensaré en lo que me acaba de confiar... »

Aquella misma tarde, un editor que no debimos nombrar subió al quinto piso del literato, quien no dejó de sorprenderse al ver que le solicitaban un derecho de reimpresión de seis volúmenes, mediante la cantidad de 3,000 francos... al contado!

Se hará la reimpresión? Lo ignoramos.

Pero lo que sí confesarémos es que el modo de hacer el beneficio es en extremo delicado y noble. Añadirémos tambien á esta hermosa página, que si hoy vendemos el secreto de este caso, es á instancia de la parte interesada... en el silencio. El oficial y el escritor no han podido callarse y el banquero comprenderá muy bien que si la piedad fué indiscreta, no podia tampoco dejarlo de ser el agradecimiento.

JULES LECOMTE.—(A. L. de B.)



Square del palacio de las Termas y del hotel de Cluny.

Square del palacio de las Termas y del hotel de Cluny.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Muy señor mío :

No tengo tiempo mas que para escribirle á usted algunas líneas. Llego esta mañana de una escursion que he hecho en un vapor del general Garibaldi, mandado por el capitán Orrigani. El correo parte á las seis de la mañana, son las cinco y media, apenas tengo tiempo para trazar el itinerario que acabo de seguir, los croquis partirán por el primer correo. Hemos seguido la costa sud hasta la última ciudad antes de Siracusa (Terra-Nova).

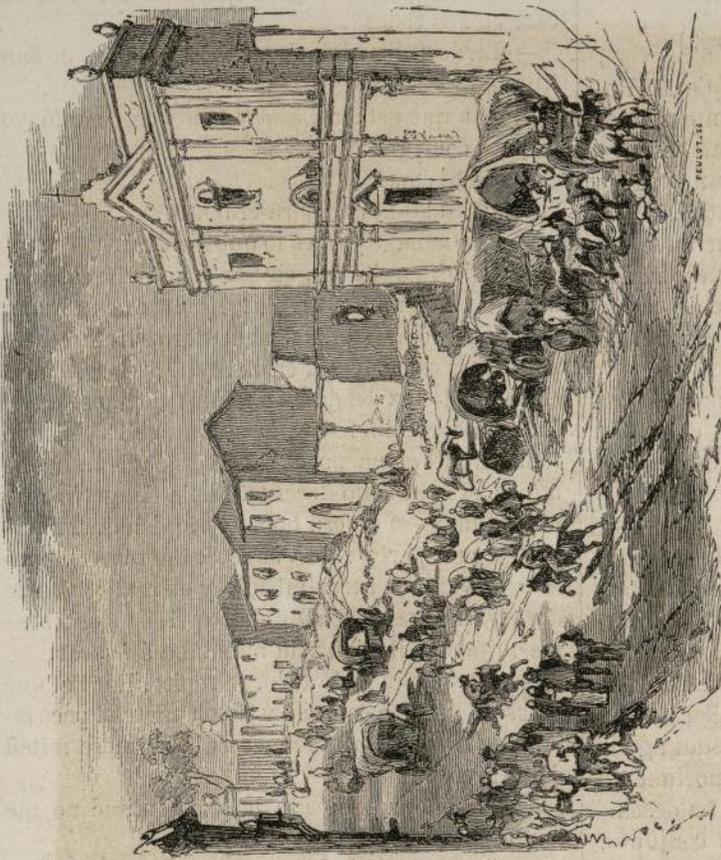
Siracusa continúa en poder de los Napolitanos, quienes se fortifican en ella, segun se dice.

Enviaré á usted los croquis de Trápani, Marsalla, Girgenti, Alicata, Caltanizelta, Terra-Nova, etc., etc., y de algunos trajes bastante curiosos.

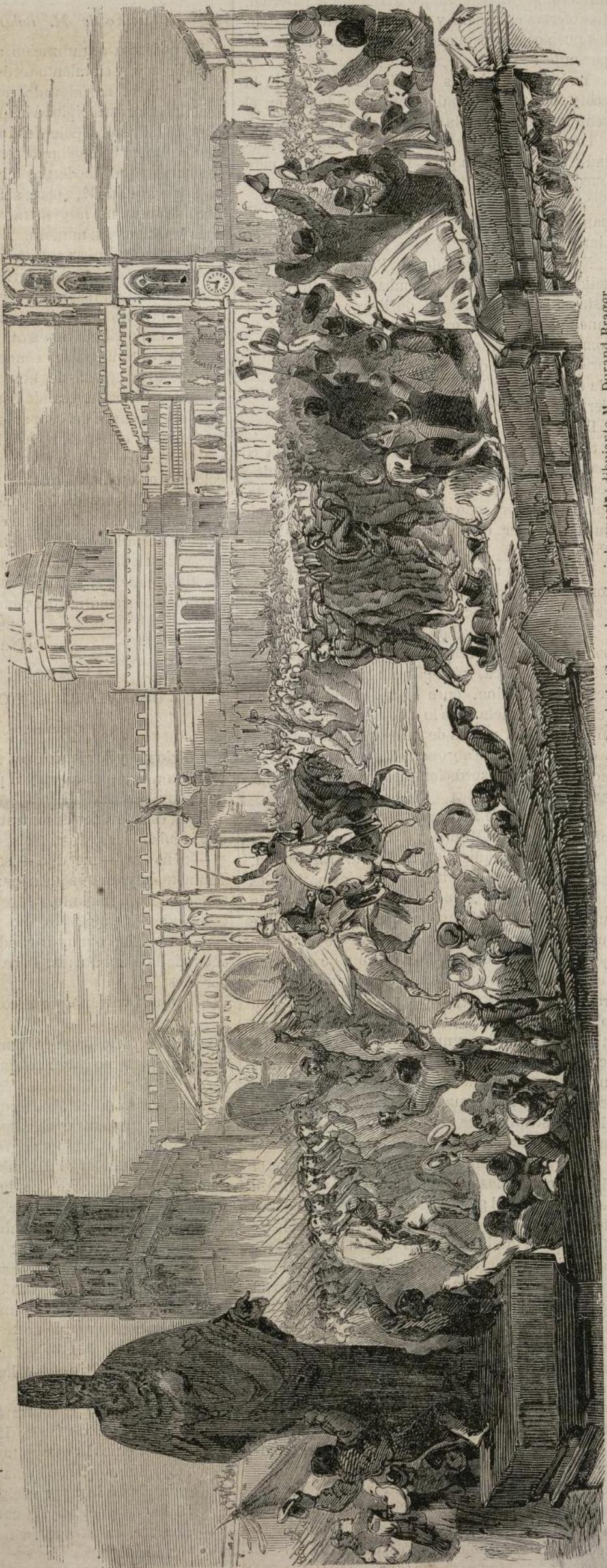
En todas estas ciudades, los sucesos políticos siguen exactamente á los de Palermo. Las poblaciones se hallan tranquilas, el órden es perfecto ; por todas partes se han organizado las guardias



Vista de Messinieri, primer alto de la columna del general Turr, segun un croquis de M. Lochroy, enviado por M. Durand-Brager.



Alto de la columna del general Turr en Villafrati, segun un croquis de M. Lochroy, enviado por M. Durand-Brager.



La brigada del general Bixio saliendo de Palermo. — Desfile en la plaza de la Catedral. (Segun los croquis de nuestro dibujante M. Durand-Brager.)

nacionales, y los alistados voluntarios en gran número, se dirigen inmediatamente á Palermo. Las ofertas en dinero y en géneros, enviadas por los pueblos mas pequeños, son numerosas é importantes.

Ya han sido electos los diputados en toda la costa sud, y las nominaciones son todas en el sentido liberal y de la anexión al Piamonte.

Los conventos envían, de muy buena voluntad, sus campanas para fundir cañones; pero quedan aun bastantes para hacer un ruido ensordecedor, si he de juzgar por el que oí ayer en Trápani por el aniversario del nacimiento del general Garibaldi.

Nada nuevo ha pasado en Palermo desde mi salida; todos los días desembarcan voluntarios. Esta mañana, al tiempo de llegar, veía en el muelle la *Provence*, gran vapor comprado á la compañía Fraissinet, que trajo ochocientos voluntarios; otro ha desembarcado cuatrocientos. El día de nuestra salida, un buque italiano ponía en tierra setecientos.

Las armas abundan por todas partes.

Se ha procurado desenclavar en Marsalla el *Lombardo*, que se había encallado desde que desembarcó Garibaldi; pero creo imposible esta operación, sobre todo con los pocos medios de que puede disponer el ingeniero encargado de esta obra.

Espéranse con impaciencia las seis fragatas y corvetas compradas por la Sicilia; se cree que llegarán dentro de poco.

No le hablo á usted de los sucesos de Nápoles, porque debe conocerlos antes que nosotros. Si esto se complica, iré á dar un paseo por allá; después á Mesina, pues el viaje que acabo de verificar completa todo lo que puedo hacer aquí en Palermo, á menos de sucesos imprevistos.

Circulan aquí de algunos días á esta parte rumores de otra expedición del gobierno napolitano.

Preténdese que Fernando II enviará cuarenta mil hombres por Mesina y Catania para marchar á una nueva conquista de la Sicilia. En verdad, tendría lástima á esas tropas, pues los obstáculos que encontrarían, aun dejando á un lado la cuestión militar, serían terribles, y es imposible que tengan la menor probabilidad de éxito los ejércitos reales después de la derrota de Palermo y el saqueo de Catania. Tendrían que combatir contra tropas regulares, pues la nación tiene hoy su gobierno y su ejército. Los pueblos de Sicilia no son militares; pero los numerosos voluntarios que acuden de todas partes despiertan todos los días en el alma del pueblo el antiguo sentimiento nacional y belicoso que, hace cuatro ó cinco siglos, constituía á los Sicilianos los mejores soldados de la Italia.

No he tenido tiempo de enviar á ustedes por el último correo mas que una vista del campamento de la brigada del general Turr, que marcha sobre Mesina. Es el alto de la columna en el pueblo de Messimeri. Para hacer juego con este primer croquis adjunto el del alto que ha hecho también esta tropa en Villafrati. En el fondo, nótase el cuartel general, y á la izquierda la iglesia del pueblo. Me ha enviado estos croquis su nuevo correspondiente de ustedes, M. Lockroy, quien va acompañando á A. Dumas en su viaje, y sigue á la brigada hasta Girgenti. Los he recibido ayer noche por la correspondencia misma del general Garibaldi.

He asistido á la salida de la brigada del general Bixio que se dirige igualmente á las murallas de Mesina. He tomado desde la ventana en que me hallaba el croquis del desfile en la plaza de la catedral, y se lo he remitido á ustedes para completar mi contingente de correspondencia.

DURAND-BRAGER.—(J. R.)

MUERTE DE CRISTÓBAL COLON.

(Cuadro de M. Robert - Fleury.)

La poderosa organización artística de M. Robert-Fleury, y su talento verdaderamente creador y prodigioso, han elevado esta escena, tierna y sencilla en un principio, á la altura de una página histórica. Cristóbal Colon, el ilustre Genovés cuyos descubrimientos habían de tener tan grande influencia en las modernas civilizaciones, murió en Segovia en 1504, pobre, abandonado de todos, abatido por sus largos trabajos, incesantes luchas y fatigas sin número.

Después de haber escrito su testamento sobre las páginas de un breviario, regalo del papa Alejandro VI, el inspirado navegante entregó en su última hora á su hijo Diego este precioso libro al cual atribuía una gran virtud. El pintor, al trazar este magnífico cuadro, ha sabido reconcentrar toda la luz, de una manera admirable, sobre la cabeza del grande hombre. La figura del hijo, sin embargo de ocupar un puesto muy importante en el lienzo, no es sino un accesorio, si así puede decirse. La frescura y brillantez del colorido, el esquisito gusto con que están agrupados los pliegues de los paños, el conocimiento y la ciencia perfecta con que el artista ha desempeñado hasta los menores detalles del conjunto, hacen de su obra un cuadro digno del aprecio de los inteligentes, si ya no lo fuera por la elevación y grandeza dramática del pensamiento.

LÉO DE BERNARD.

(Trad. F. de la V.)

UNA AVENTURA DE CARNAVAL.

(Continuación.)

Y diciendo y haciendo, nos dirigimos á mi habitación á dejar las capas y á ponernos el correspondiente disfraz.

En la escalera nos encontramos á mi sirviente que bajaba.

— Señorito, — me dijo — sobre el velador del gabinete hay una esquila para usted, que han traído hace un instante.

— Quién la trajo?

— Un marinero muy barbudo que apenas se le entendía lo que hablaba. Debe ser inglés, ó cosa por el estilo.

— ¿Dijo si volvería por la contestación?

— No, señor.

— ¿Ni de parte de quién venía?

— Tampoco, no hizo mas que dejarla y echar á correr.

Entramos en mi cuarto, recojí la carta indicada por Julian, y mientras este marchaba á buscar carnos un par de dominós negros, y en tanto Emilio, tendido cuan largo era sobre mi cama, saboreaba el único cigarro que halló en la mesa de noche, prodigando mil satíricos elogios á su pésima calidad, leí, no sin asombro, las pocas líneas siguientes escritas con lápiz:

« Me es imposible abandonar el fuego sagrado hasta después de la una, para concurrir á la cita. Como estás en la edad de la impaciencia, te hago esta prevención para que no te desesperes aguardándome.

» Acuérdate de lo que me has prometido, y no formes castillos en el aire.

» Para que pueda encontrarte mas fácilmente esperame en el palco número 12. »

— ¡Chico, chico! ¿qué gato encerrado es ese? — me dijo Emilio que se había levantado y venido de puntillas á leer por encima de mi hombro.

— ¿Sabes de quién es esta carta?

— Hombre, la letra es de mujer y lo que dice muy significativo.

— Pues es de ella!

— ¿Y quién es ella, para que Dios nos libre de caer en sus redes?

— La de antes; la máscara de la plaza de San Antonio.

— ¿La que estabas viendo marchar cuando yo tropecé contigo?

— La misma.

— ¿Y tú la citaste para el teatro?

— Sin duda, y ya ves lo que me dice.

— Chico, por la Virgen Santísima no seas cándido y mándala noramala! Mira que es alguna fregatriz que quiere hacerse contigo la interesante para cenar esta noche á costa tuya! Si eso está mas claro que la luz del día! ¿No estás viendo el papel en que te escribe? — Apuesto á que es del que tiene en la cocina para envolver chuletas. ¿Qué mujer, si no, medio decente, había de escribir un billete amoroso en esa hoja de riquísima estracilla? Por mi parte, si la Venus de Cánovas respirara y tuviera el atrevimiento y el mal gusto de darme una cita en semejante papel, de seguro se me quitaba la ilusión y la mandaba á pasear.

— Pues á pesar de todo, te repito, Emilio, que no es una mujer comun; y no obstante el poco favorable concepto que te merecía la hermosa mitad del género humano...

— Máxime cuando esa hermosa mitad no me enseña la cara.

— Si como yo hubieras visto — continué — aquella esbelta figura de talle cimbrador y manos enanas; si hubieras aspirado el grato perfume de la atmósfera que la rodeaba, y oído su voz argentina y melódica como el suave murmullo del arroyo que se desliza sobre una alfombra de césped, como el rumor cadencioso de las brisas que mecen los inclinados airones de un sauce, te hubieras sentido, como yo, arrastrado hácia ella por una irresistible simpatía, y á tu pesar me confesarías que mas bien que una mujer pudiera creerse...

— ¿Un querubín femenino de tornasoladas alas, dejado caer de las celestes regiones para cumplir la interesante misión de *querubinizarme* y hacerme de la tierra un paraíso? Por Dios, chico! mira que me estás dando lástima de verte disparatar de una manera tan poética! Yo no me remonto nunca tan alto, ni me finjo divinidades así como así, y mucho menos en tiempos de trápala y embrollo como el presente en que se arrastra por ahí cada lagartija que es una bendición. Vamos, sé razonable y no delires: quema ese papelucho cuyo olor á especia trasciende á una milla, echa en olvido el encuentro de ese vaporoso y aéreo fantasma carnavalesco, y prepárate á oír voces mucho mas dulces que la de tu angélica aparición, y á ver una veintena de lindísimas caras capaces de hacer resucitar á un muerto con el magnético fluido de otros tantos pares de brilladores ojos. Te apuesto una cena de fonda á que así que se descubran la Dolores S..., la Emilia G..., y la Manuela H..., tres chicas que valen tres imperios, no te acuerdas ya de máscaras ni de citas, y á que fraccionas tu corazón para darle á cada una su correspondiente pedacito. Pero vete con tiento, que hay moros en la costa, ó mejor dicho, militares en campaña, y podrás tropezarte de buenas á primeras con el insano filo de alguna tajante cuchilla. Las tienen sitiadas tres oficiales del regimiento de Albuera, y hay quien asegura que no tardarán en rendirseles por capitulación matrimonial. Por tanto, hazlas un marcial saludo cuando yo te las enseñe.

No pude menos de reirme al escuchar la enfática peroración de Emilio, á quien interrumpió la llegada de Julian con los trajes.

— ¡Ea, manos á la obra! — añadió! — Encáptate ese disfraz mientras que yo me pongo estotro, y despachemos, que son ya las nueve de nuestro cuarto.

Veinte minutos después subimos á escape las escaleras de una casa de la calle de Murguía.

Una vez arriba, salió á recibirnos el dueño, engalanado rigurosamente de frac y corbata blanca.

Emilio se descubrió á él, y sin otra presentación que la de, « el señor es un amigo que me acompaña y de quien respondo, » avanzamos por una galería á cuya estremidad se hallaban los salones del baile.

Penetrado que hubimos en ellos, Emilio recorrió con una mirada la todavía escasa concurrencia, desprendiéndose de mi brazo:

— Voy á saludar á las señoras de la casa, — me dijo, — y á preguntarles si mi futura costilla está ya por aquí. Entre tanto, vé recorriendo la línea y busca pareja para el primer rigodon, que bailaremos *vis-à-vis* con toda la gravedad de los antiguos españoles... Ah! te prevengo, por lo que valer pueda, que si oyes tocar al piano alguna moderna *polka* y te pones en baile, mantengas la *parte enemiga* á una respectable distancia: las *polkas del género íntimo* no tienen todavía carta de naturaleza en estos lugares, lo cual no deja de ser una desgracia para mí que tanto me gustan.

Siguiendo el consejo de Emilio, comencé á divagar por los salones, que se iban llenando con nuevos grupos de máscaras, y mientras volvía, bailé una *galop* con una *escocesa* tan sumamente silenciosa, que me fué imposible conseguir que despegara los labios.

Pasó media hora.

El calor se hacia sofocante, y para respirar un ambiente algo mas puro me dirigí hácia la puerta de entrada.

Al llegar al dintel, distinguí en el fondo del corredor un numeroso grupo de *beatas* con negros mantos y nevadas tocas, las cuales traían poco menos que á remolque al dueño de la casa, á quien acosaban todas á la vez, disputándosele entre broma y risa para caballero en un wals, cuyos primeros preludios comenzaban á oírse. Al fin, la mas audaz se apoderó de su brazo, y marchó con él en triunfo á tomar el primer puesto en el baile, mientras que las otras se diseminaban por el salon en diferentes direcciones. Solo una permaneció inmóvil en el umbral de la puerta en actitud de examinar minuciosamente á cuantos pasasen al alcance de su vista.

Emilio no volvía. Como empezaba á fastidiarme de una reunion en donde todos me eran desconocidos, simpaticé con aquella pacífica beata que parecia encontrarse en igual caso y no atreverse á penetrar sin que alguien la ofreciera su apoyo.

Acerqueme, pues, á ella, y la pregunté si queria bailar.

— Gracias, no bailo nunca. — Me contestó casi en eco, esforzándose por finir la voz, y mirándome de piés á cabeza descaradamente.

— Pues, hija, si no bailas y sigues toda la noche apoyada contra ese quicio, no hay duda que te vas á divertir. ¿Quieres mi brazo y pasearemos?

— No, que podrán reñirte, y ¡Dios me libre de ser causa inocente de un disgusto!

— Reñirme?... Desecha tales temores!... Si hubiera en este sitio alguna persona con semejante derecho, ni yo le daría ocasion de hacer uso de él, ni tampoco me contaría en el número de los que bostezan de aburrimiento; pero desgraciada ó felizmente, me hallo aquí dos veces disfrazado: en primer lugar por el dominó que me cubre, y en segundo porque nadie me conoce.

— ¿Estás bien seguro de ello?

— Segurísimo!

— Sin embargo, no me fio!... pudieras equivocarte, y no quiero esponerme á ser arañada por alguna... « sacerdotisa de Vesta. »

— Qué has dicho?

— Hola! parece que la palabrilla te ha hecho

efecto! Decía, que Dios me libre de tener cuentas con italianas, y que puedes pasearte solo, ú elegir otra compañera; pero, escucha: no te distraigas mucho, porque entonces!...

— Entonces, qué?...

— Acaso llegarías á incurrir en algunas faltas!

— No adivino cuáles.

— De exactitud, por ejemplo, que son las menos disculpables, sobre todo, cuando se trata de ciertos asuntillos... reservados.

— Tengo tan pocos!

— No son esas mi noticias.

— Calla! con que segun eso, ¿no soy para tí desconocido?

— De ninguna manera: veo tu cara como si no tuvieras en ella antifaz.

— Y sabes?...

— Muchas cosas que te conciernen. Y no lo extrañes; porque nosotras, las *beatas* de oficio, sabemos muchos misterios que los demas ignoran: ¡como que pasamos la mitad de nuestra vida investigando los secretos de las ajenas! Hé ahí la razon de estar, respecto á la tuya, enterada en algunos antecedentes.

— Pruébame de un modo mas esplicito que es verdad eso que dices.

— Dios mio, nada mas fácil! ¿Quieres que te refiera detalladamente lo que has hecho hace una hora? ¿Qué te indique la idea que te preocupa en este momento? Pues oye: hace una hora que estás buscando entre tus recuerdos una imágen que no encuentras, una fisonomía que apropiará á un fantasma. En este instante calculas, y no sin motivo, lo fácil que te seria resolver el problema con sólo tender la mano y alzar el tafetan que cubre mi rostro. ¿Es verdad que no me engaño?

— Luego eres la misma de antes?

— La misma de cuándo?

— De hoy al anoche? ¿la que me ha prometido ir...

— Al baile del Teatro? ¡Ca! no! esa no soy yo; esa es la otra; la sombra que en tu imaginacion persigues inútilmente, y cuyo misterio esperas aclarar en el palco número 12.

— Suponiendo que tú seas tan amable que no dejes de asistir á la cita.

— Repito que padeces un error, que no soy yo la que piensas.

— Es inútil que te esfuerces en querer probarme la contrario. Las indicaciones que acabas de hacerme te han vendido: hay detalles que no se adquieren en tan poco tiempo, y que sólo pueden darlos la persona interesada. Así, pues, á pesar de tus protestas, creo que tú y la otra sois, con traje diferente, el mismo diablo en cuerpo y alma, si bien un diablillo que en mi concepto, y si las apariencias no mienten, debe tener el rostro mas hechicero del mundo.

— Ay! nunca te fies de apariencias! son tan engañosas por regla general! « Ella, » no se decirte como será; pero, en cuanto á mí, puedo asegurarte que de hechicera tengo muy poco: los años de mi juventud pasaron, y el rezo y los ayunos han impreso en mi fisonomía profundas arrugas y teñido mis cabellos del color de mi toca. Estoy ya tan fea, que si vieras mi cara echabas á correr sin despedirme!

— Bien, pues dejátele cubierta por ahora, y prométeme que luego me la enseñarás aunque me asuste.

— Sabes que eres tenaz en tus manías?

— Por qué?

— Porque sigues creyendo lo que no pasa de ser un error.

— No importa. Quiero persistir en él hasta que me des una prueba evidente de mi torpeza.

— Vaya, no seas niño, y creeme: entre las dos nada existe de comun. — Y te aconsejo, como pudiera hacerlo una buena amiga, que en vez de

perder el tiempo conmigo te vayas á bailar y á distraerte con alguna otra; pero no te olvides de « ella, » ni le faltes á la palabra!... Mira, ahí tienes á tu amigo Emilio que te buscará una pareja entre las muchas infelices á quienes hace el amor por riguroso turno.

— Qué, también le conoces?

— ¿Y quién no, si en todas partes está de sobra?

En esto Emilio, que en aquel instante atravesaba el salon pausadamente, con afectada gravedad, se dirigió hácia nosotros é interrumpiendo nuestro diálogo:

— Aquí tienes al hombre mas infeliz de la tierra, — me dijo. — Acabo de tronar con mi Dulcinea, y por que dirás? ¡Vamos, si no hay ejemplo de una mujer tan estúpidamente celosa! ¡Empeñada en que yo, inocente de mí, apretaba la mano á su hermana Elisa cuando hacíamos la cadena inglesa! Y cácala de hocico sin mas ni mas y de moño alto para toda la noche. ¡Cuando te digo que me divierto!... ¡A quién, sino á una mujer antisocial y ridícula, se le ocurre fijar la atención en los pormenores de las figuras, y pedir cuentas de si uno da toda la mano ó la punta del dedo meñique?... Pero, calla! no habia reparado en tu edificante compañía — añadió fijándose en mi interlocutora. — ¡Estabais solitos departiendo como buenos amigos, eh? Hombre, y tú que me dijiste hace poco...

— ¿Sabes quién es esa máscara? — le interrumpí hablándole al oído. — « Es ella* » la de la carta!

— Muy señora mia. Y qué has averiguado?

— Todavía nada.

— Pues te luces! no hay duda que adelantas prodijiosamente. Está visto que no sirves para el paso... Déjamela, déjamela por quince minutos y verás como yo despejo la incógnita...

Aun no habia pronunciado Emilio esta última palabra, cuando á una seña de la desconocida se acercó otra de las *beatas* que entraron con ella.

— Me llamabas? — le preguntó.

— Sí: acompañame al tocador por un momento.

— Máscara, — se apresuró á decir Emilio — si hay que prender alguna cosa, aquí estoy yo que para doncella me pinto solo.

— Gracias! — contestaron á duo — y desaparecieron por un pasillo inmediato.

— Déjalas, que ellas volverán! — me dijo Emilio impidiéndome seguirlas. — Mientras, vamos nosotros á ver á mi presunta suegra (que Dios no permita) y á mi enojada Clóris; pero haz lo que yo, quitate la careta, porque esta atmósfera se va poniendo cada vez mas sofocante: con eso te presentaré, y, previas las facultades amplias que desde ahora te concedo, empezará á desbancarme si quieres intentarlo.

— Qué! por ventura tienes en proyecto alguna otra conquista?

— No, chico; pero quiero quedarme completamente libre; quiero sacudir el jugo de unos amores que hasta me impiden hacer un *adelantado* con galantería, y que me van costando trece faltas en lo que va de curso; quiero, en fin, hacer voto solemne de ser hombre de juicio, y de no abrir mi corazón á otro cariño que al de la ciencia médica. Voy á consagrarme al estudio con vida y alma para convertirme en filántropo. Con eso podré sacrificarme en obsequio de la humanidad doliente.

— Bien, Emilio! aplaudo tus buenos propósitos, y Dios quiera que los conserves por largos años; pero eso no quita para que te vayas solo y arregles tus cuentas, sin necesidad de que endoses á mi favor el femenino documento que llamas tu novia. Yo voy por ahí á dar cuatro vueltas á ver si tropiezo á mi *dama-duende*; si no, me marchó á esperarla á otra parte, porque tengo afán por



EXÉQUIAS DE S. A. I. EL PRINCE GERONIMO BONAPARTE. — LLEGADA DEL CORTEJO A LOS INVALIDOS.
 (Segun las fotografias de M. de Heberg y un croquis de M. Riou.)

Ayuntamiento de Madrid

conocerla, y presentimientos de que la he de hallar en el sitio convenido. Conque diviértete, y adios, hasta luego, si vas por allá, ó hasta mañana.

— Es decir, que me dejas abandonado en tan crítico momento por correr en pos de una engañosa circe de problemática procedencia? Es decir, que renuncias la compañía de un buen amigo por buscar un desengaño al lado de una mujer anónima? ¡ Bueno, hombre, bueno; vete bendito de Dios, y que la Magdalena te guíe. Pero atiende, una sola cosa te encargo: si, como sospecho, es vieja y fea por añadidura, acuérdate de que soy estudiante de Medicina y guárdamela para enriquecer mi gabinete anatómico. ¡ Si supieras qué falta me hace una buena momia!

— Descuida, que recordaré tu encargo — le dije riéndome.

— Ea, pues adios, y ya me contarás lo que suceda.

Dicho esto, nos alejamos en diferentes direcciones. Emilio entró en la pieza donde las señoras no bailables tenían establecida la tertulia, y yo comencé á divagar de nuevo por el salón, — en el que habia ya muchas máscaras descubiertas — dispuesto á examinar cuantos negros mongiles se presentarán á mi vista, y á no dejar de la mano al en que se ocultaba la misteriosa vestal de la plaza de San Antonio; pero mis perquisas fueron inútiles: — la falange de beatas habia desaparecido como por encanto: — no quedaba ni señal de ellas en ninguna de las habitaciones destinadas al baile. Convencido de ello, y siendo cerca de las doce, abandoné un sitio desnudo para mi de todo aliciente, y me dirigí hácia el teatro, mas dispuesto que nunca á seguir el curso de aquella aventura de Carnaval.

(Continuará.)

FEDERICO DE LA VEGA.

FUNERALES DE S. A. I. EL PRÍNCIPE GERÓNIMO.

(Llegada del cortejo fúnebre á los Inválidos.)

Cuando el cortejo fúnebre que acompañaba los despojos mortales del príncipe Gerónimo hubo abandonado el patio del Palacio-Real, siguió lentamente su marcha por la calle de Rivoli, plaza de la Concordia, Campos-Elíseos, avenida de Antin y esplanada de los Inválidos.

Mientras, el cañon tronaba por intervalos iguales, y los tambores batian marcha fúnebre.

Todas las banderas de los regimientos que forman la guarnición de Paris, incluso las de la guardia nacional, estaban veladas por un crepon.

La multitud, á juzgar por el piadoso recojimiento, por el profundo silencio que la dominaba, parecia tomar parte en el dolor de la familia imperial.

Negros paños enlutaban casi por completo la gran fachada de los Inválidos, de cuyo edificio habia sido gobernador el príncipe Gerónimo. Las sombrías colgaduras se elevaban hasta la estatua de Luis XIV que decora el frente.

Los inválidos, formados en dos alas, ocupaban el espacio comprendido entre la cancela del palacio hasta el pórtico de la iglesia. El cardenal monseñor Morlot, arzobispo de Paris y gran capellan de Francia, recibió en el dintel del templo al cortejo fúnebre. Depositóse el féretro en el coro sobre un magnífico catafalco, y el señor abad Cœur, obispo de Troyes, pronunció el elogio fúnebre del príncipe.

Después que las salvas de artillería anunciaron la terminación del servicio religioso, fué transportado el féretro á la cripta subterránea de la capilla de San Agustín, convertida en capelardente.

MAC-VERNOLL.

(Trad. F. de la V.)

CRONICA DE MADRID.

Pocos dias hace se ha cometido un robo, extraordinario por el modo de verificarlo. Tres jóvenes vestidos con elegancia, de los que el uno de ellos llevaba debajo del brazo una larga caja parecida á una caja de pistolas, bajaron de un coche de alquiler á las ocho de la mañana á la puerta de la fonda que se halla situada al extremo del hermoso paseo de la Fuente Castellana.

Sírvase usted dar de beber un vaso de vino á este buen hombre, dijo al amo de la fonda el que llevaba la caja, y tenga usted la bondad de añadirle á la cuenta del almuerzo que nos va usted á dar.

Verificada esta orden, los tres jóvenes dispusieron un suntuoso desayuno, y les pusieron la mesa en una de las salas del piso bajo, cuyas ventanas dan detrás del paseo, y mientras estaban poniendo la mesa, el joven de la caja dió á entender al fondista que iban allí tan de mañana para un lance de honor, pero que no era malo el empezar por desayunarse bien.

Bien pronto quedó todo dispuesto. Pusiéronse á la mesa los tres compañeros, y comenzaron á funcionar con sus mandíbulas con un apetito de estudiantes y una sed de cavadores. Habian ya servido las dos primeras entradas é iban á emprenderla con los postres, y estaban destapando una botella de Champagne, cuando llegó un cuarto personaje, el que dirigiéndose al fondista, y después de haberse hecho enseñar el cuarto en donde se hallaban los tres jóvenes penetró en él furioso, les dijo mil desvergüenzas, los trató de cobardes, y los provocó de una manera terrible, armándose una pelea en la que hubo puños como mientes y mientes como puños, como decia Cervantes, entre los jóvenes, que formaron una barricada por la parte de adentro para impedir entrar á los que de fuera querian venir á separarlos. Duró algunos instantes esta escena, y después quedó todo en calma; aun se oyeron algunas palabras conciliadoras; en fin, todo entra en silencio, y ya creían la jentes de la fonda apaciguada la tormenta, cuando una criada que como mujer era curiosa y se asomó para examinar lo que pasaba al través de las vidrieras, volvió asustada y temblando anunció que la ventana se hallaba abierta de par en par, y que los jóvenes habian desaparecido llevándose consigo la plata que sin duda habian ocultado en la caja traída por ellos. Inmediatamente lanzáronse los mozos de la fonda en varias direcciones por el paseo, pero en vano, habian sin duda los cacos huido en direccion de Chamartin, y hasta hoy no se ha podido saber quienes han sido los autores de esta audáz sustracción. El director del robo, que era sin duda el de la caja, dió á entender al fondista que era un desafío ocasionado por un lance de amores en la famosa verbena de San Juan.

* En estos momentos en que unos van por moda á los baños y otros porque se los ordenan los médicos, debemos referir á nuestros lectores una anécdota bastante edificante y que prueba la confianza que debe tenerse en estos señores:

Se hallaba un caballero triste y enfermo, y le mandaron á uno de los baños mas famosos y en voga de España, cuyo nombre no queremos decir por no comprometer al facultativo de ellos. Fué el caballero á buscar al médico, y le espuso con mil lamentaciones su situación, preguntándole francamente su parecer.

— ¡ Cree usted, le dijo, que estas aguas me harán engruesar un poco?

— De seguro, caballero, de seguro, báñese usted y engordará.

El caballero se bañó, se bañó y no engorda. Se queja al doctor.

— Oh! preciso es que tenga usted perseverancia; es preciso mas tiempo. Báñese usted, caballero, báñese usted, y usted engordará.

Un dia que segun los consejos del doctor se hallaba bañándose, oyó hablar en el cuarto inmediato al suyo, y conoció la voz del médico.

— De seguro, caballero, decia el doctor.

— Pero, respondió el interlocutor, por mas que me baño no adelgazo; creo que estoy mas recio todavía y con mas barriga que cuando llegué aquí.

— Señor mio, necesita usted perseverancia, tiempo; báñese usted, y usted adelgazará.

El caballero se levantó asustado, echó una mirada sobre él mismo, y le pareció que estaba aun mas delgado. Entonces se precipitó fuera del baño, y no paró hasta su casa, y en la primera diligencia que pasó volvió á Madrid, dando al diablo los médicos que para todo aconsejan unos mismos baños.

* Al gran catálogo de los venenos debe añadirse otro nuevo, que no tuvo presente sin duda el célebre doctor Orfila.

En uno de los regimientos de provinciales un corneta se ha emponzoñado de una manera extraordinaria. No limpiaba con bastante regularidad su instrumento, y el estancamiento de la saliva habia engendrado una especie de verde gris, y al aspirar para tocar la corneta tragó una cierta dosis de esta sustancia. Inmediatamente sintió todos los efectos del envenenamiento, y llamando al facultativo á duras penas pudo salvar de la muerte aquella víctima de su desaseo.

* El doctor L..., partidario entusiasta de la frenología, se ha presentado en casa del inspector de policía de su cuartel, al que hizo una declaración poco mas ó menos en estos términos:

— Caballero, vengo á darle á usted parte de unas sospechas graves, que yo creo fundadas contra una joven que tengo en mi casa de doncella de mi mujer. Creo poder afirmar á usted que es culpable de robos domésticos, y desearia que registrase usted sus baules con objeto de esclarecer este hecho.

El inspector preguntó al doctor si podia dar algunas esplicaciones ó detalles contra la doncella; si tenia pruebas ó al menos tales indicios que pudiesen motivar una convicción.

— Indicios, interrumpió el doctor, indicios, pruebas, tengo mucho mas que eso. Sepa usted, caballero, que en la primera categoría de las ciencias reales, positivas, aquella cuyos irrecusables testimonios todos los sienten se presenten á nuestros ojos, hay que colocar la Frenología. Yo me he consagrado esencialmente á su estado, y de la simple inspección del cráneo de cualquier individuo puedo decirle á usted, sin equivocarme jamás, sus vicios, sus gustos y sus pasiones, etc., etc.

Ayer, habiendo entrado de improviso en el tocador de mi mujer, que se hallaba solo, ví á su doncella muy ocupada en hacerse las trenzas y en peinarse. Esto ya era un desacato, pero juzgue usted cual seria la inquietud y descontento mio cuando detrás del pelo alisado de aquella joven, ví desarrollado de la manera mas caracterizada el órgano del robo, y desde aquel momento resolví venir á darle á usted parte, y yo espero que tome usted alguna providencia; porque estoy seguro de lo que afirmo; además de algunas otras circunstancias inequívocas, y la desaparición de muchos objetos de valor.

El inspector de policía hizo presente al doctor que por mucha que fuese la conciencia que él tuviese en sí y en la ciencia, él no podia proceder con semejante declaración; y el caballero se retiró.

A los tres dias de esto presentóse de nuevo en el gabinete del inspector de policía; pero esta vez iba radiante de alegría y no pudiendo caber en sí de gozo. Así como lo habia manifestado en la pri-

mera visita habia despedido inmediatamente á la doncella al volver de casa del inspector; y esta se habia marchado, y al marcharse se habia llevado entre cubiertos y algunas alhajas, el valor de mas de cuatro mil reales, y un elegante bolsillo de señora en que habia unos quinientos reales.

Qué triunfo para la ciencia frenológica! Pero no debian limitarse á esto las satisfacciones del doctor. Del atento exámen que habia tenido muchas veces ocasion de hacer de la cabeza, y el frente de la conformacion cerebral de la jóven, habia sacado que tenia los afectos de familia, y que el órgano de la *afectuosidad* se hallaba desarrollado en ella, y por consecuencia que despues de haber cometido el robo debia haber ido á buscar un asilo en casa de su madre, de sus hermanos, ó de alguno de sus próximos parientes. En virtud de esta queja, y hechas las diligencias necesarias, se encontró justificada esta prevision, y la jóven Pilar N... fué arrestada en casa de su madre, donde habia ocultado los objetos robados por ella, y que todos fueron encontrados.

Así el feliz doctor experimenta hoy la triple satisfaccion de haber visto por dos veces justificadas las aplicaciones de su ciencia favorita, y de no haber perdido nada.

En cuanto á la Pilar N... se halla en la cárcel de las mujeres, y tendrá que resignarse á invocar su viciosa conformacion craneoscópica como una circunstancia atenuante.

* La verbena de la velada de San Juan, tan famosa en Madrid desde los tiempos antiguos, ha presentado en este año una sorprendente novedad. Se ha inaugurado la nueva fuente colocada en medio de la Puerta del Sol. La inmensa masa de agua que arrojaba á la altura de ochenta metros dejaba muy atrás á la célebre fuente de la Granja, de la *Fama*, y á la no menos renombrada de *Neptuno* de Versalles.

Durante la velada de San Juan, una nueva Princesa, hija de los Duques de Montpensier, venia á aumentar la augusta familia de la Reina Isabel, y el palacio, por tan fausto suceso, correspondia con su alegría á la con que el pueblo recorria las calles, plazas y paseos celebrando la natividad del Precursor de Cristo.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

LOS RIFLEMEN LLEVADOS EN TRIUNFO POR LOS ORFEONISTAS.

La Inglaterra acaba de organizar á toda prisa un cuerpo de voluntarios que, bajo el nombre de *Riflemen* (carabineros), desempeñan las funciones de guardias-nacionales. Este cuerpo se compone de unos ciento veinte mil hombres, y jamás, segun creo (desde el convoy de Malbrough), se habia visto desplegar tal número de fuerzas en el otro lado del estrecho.

Los *Riflemen* afectan, en su uniforme, los colores oscuros que convienen á los tiradores; el gris y sus mil variantes es el color que agrada á la infantería de los matorrales. Su levita es corta y lleva pocas cintas; un cinturón negro sirve para suspender á un lado la cartuchera y un cuchillo de caza; los pantalones son del mismo color que la levita, y el schakó, bajo de forma, lleva un plumero de alta talla.

Para dar el dibujo del uniforme de los *Riflemen*, nos hemos aprovechado de una escena de viaje de nuestros Orfeonistas en Lóndres, habiendo tomado parte en ella un destacamento de esta milicia. — El sábado 31, á las ocho de la noche, el parque del Palacio de Cristal era invadido por nuestros turistas cantantes, todavía conmovidos por la simpática acogida que se les habia dispensado durante la fiesta y el banquete que la habia seguido.

De repente una música militar, haciendo oír la marcha de la *Reina Hortensia*, desemboca en el jardín, seguida de varios pelotones de *Riflemen*. Esta demostracion era un homenaje dirigido á los Orfeonistas, quienes, con un arranque enteramente francés, izaron sobre sus hombros á aquella tropa obsequiosa y galante. Gritan, cantan, se distribuyen cordiales apretones de manos, y el cortejo continúa su marcha triunfal al través de las avenidas del parque.

Cuando volvieron al punto de partida, los *Riflemen* tuvieron á honor de llevar tambien en sus hombros á los Orfeonistas franceses.

Esta vez la música dejó oír el *God save the queen*.

A. HALBEER.
(J. R.)

ASCENSION AL MONTE-BLANCO.

Los guías de Chamuni trepando á clavar el pabellon francés sobre el pico mas elevado.

Entre el valle Blanco y Chamuni, se eleva la mas alta cima de los Alpes y de toda la Europa, perdiéndose entre las nubes á una altura de cuatro mil ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Para clavar el pabellon francés sobre esta elevadísima cumbre, cubierta de nieves perpétuas, y cuyo acceso es tan peligroso como difícil, salieron de Chamuni los intrépidos guías el 5 de julio á las diez de la mañana, llevando un asta de hierro sobre la cual se adaptaba la bandera tricolor.

Ninguna dificultad ocurrió hasta los *grandes Malets*. La nieves estaban endurecidas y cubrian casi por completo las hondas quebras de la montaña. Al día siguiente partieron los guías de madrugada, alumbrados por una magnífica luna, y sin riesgo alguno de consideracion llegaron á las siete y media á la *roca Roja*. Una inmensa nube, cargada de nieve y de granizo, los envolvió allí completa y repentinamente. Hallábanse entonces á trece millas y sesenta piés de elevacion. Desde este instante se perdieron de vista; pero, á pesar de la intensidad del frio y de la violencia del viento, continuaron resueltamente su marcha hasta conseguir enarbolar el pabellon del imperio sobre la mas elevada cumbre. Descendieron en seguida á Chamuni, donde entraron sanos y salvos á las tres y media de la tarde.

El ofuscamiento del horizonte no permitió durante el día 6 distinguir los nuevos colores nacionales de la Saboya, y por esta causa se empezaba á dudar del buen resultado de la expedicion; pero habiendo aclarado el tiempo en la mañana del 7, descubrióse el pabellon francés ondeando á tan inmensa altura, que bien puede decirse hoy día: *¡muy ciegos han de ser los que no le vean!*

MAXIME VAUVERT.
(Trad. F. de la V.)

EL PALACIO DE LAS TERMAS Y EL HOTEL DE CLUNY.

El palacio de las Termas es la cuna de Paris: este es el primer edificio que la antigua Lutecia vió elevarse en sus murallas, y los cronistas hacen ascender su fundacion al reinado de Constancio Cloro (306), abuelo del emperador Juliano, quien residió en él durante muchos años.

Concíbese todo el valor que, en nuestro siglo de restauracion arqueológica, dan los arquitectos inteligentes y los celosos conservadores de los museos históricos, á la consolidacion de estas ruinas romanas. Estos últimos vestigios, hoy engastados en un square de verdor, no son otra cosa mas que los restos de un vasto palacio cuyas construcciones principales se hallaban situadas sobre la altura de la plaza de San Miguel y bajaban hasta las orillas del Sena.

Este palacio contenia una ciudadela notable por su elevacion, *arx celsa*; patios, *atria*, que se estendian en las inmediaciones de la Sorbona; una plaza de armas, *campus*, que debia ocupar el lugar del antiguo convento de los Jacobinos, y en la cual desembocaba la vía romana que venia de Orleans; finalmente las *termas*, parte del antiguo edificio que el tiempo ha dejado subsistir hasta nosotros y en la cual encontramos los vestigios del *trepidarium*, sala de los baños tibios; los del *frigidarium*, sala de los baños fríos y los restos de una *piscina* de forma cuadrilátera.

Como los palacios de los emperadores en Roma, las Termas contenian magníficos jardines cuya existencia hace constar el poeta Fortunato en el siglo VI. Dice que Childeberto atravesaba estos jardines para ir á la iglesia, designándolos con el nombre de *Jardín de la reina Ostrogoda*, esposa de este rey.

Olvidadas durante largos siglos, las ruinas del palacio de las Termas fueron compradas en 1831 por la ciudad de Paris, y ocupáronse en realizar el proyecto de un museo galo-romano, proyecto que empezó á ejecutarse y cuyo establecimiento fué sancionado por una ley del 29 de julio de 1843. La misma ley decretó la reunion del palacio de los Constancio Cloro al *hotel* de Cluny.

Este *hotel*, uno de los raros monumentos de la arquitectura de la edad-media, fué edificado por los ricos abates de Cluny en un sitio del palacio de las Termas comprado por ellos. El abate Jehan, bastardo del duque Juan de Borbon, puso los cimientos de esta mansion elegante que llegó á ser, en tiempo de la Revolucion, propiedad particular de M. Dussomerard, consejero del Tribunal mayor de cuentas. Este hombre de ciencia consagró su vida á reunir en este palacio una admirable coleccion de curiosidades de la edad-media y del renacimiento. El Estado, en 1843, un año despues de la muerte de este eminente jurisconsulto, adquirió dicha coleccion y el precioso monumento que la contenia por un precio que manifiesta bastante, por su modicidad, el noble deseo que tenian los herederos de no cederla á ningun otro comprador.

El *hotel* de Cluny, situado entre patio y jardín, se compone de un cuerpo de edificio de estilo gótico, y sobre cuya fachada se desprende una torrecilla de caras lisas. El ala izquierda llama la atencion sobre todo por lo rico de sus detalles, por la escultura de sus cuatro puertas ogivales. El doble friso y los balaustres calados que terminan la pared por cima del primer piso, las magníficas ventanas que cortan los tejados y las elegantes chimeneas de la fachada principal, son sin disputa maravillosos modelos de la escultura tan delicada de los siglos XV y XVI.

Del lado del jardín, el *hotel* de Cluny reproduce, en el cuerpo principal del edificio, el sistema de la fachada, si bien con mas parsimonia y severidad en los adornos.

Esta parte del *hotel* es la que ha dibujado M. Thorigny, artista cuyo lápiz sigue los detalles de la piedra y del mármol, como el cincel del mas hábil escultor. Ha reproducido sábia y fielmente las notables reparaciones con las cuales el arquitecto, M. A. Lenoir y M. Dussomerard, el sabio conservador del Museo actual, han rejuvenecido la antigua mansion de los abates de Cluny.

MAXIMO VAUVERT.
(J. R.)

CRÓNICA DE TRIBUNALES.

La crónica judicial se entretiene holgadamente por falta de litigantes y no precisamente porque escasee la materia, porque mientras haya hombres habrá intereses, pasiones, y por consiguiente causas. Este silogismo constituye la base de la



Estancia de los Orfeonistas en L6ndres. — Los voluntarios ingleses llevados en triunfo por los Orfeonistas en el parque de Sydenham. (Cr6quis de M. F. d'Aldiu.)



Ruinas del convento de los Siete-Angeles, en Palermo, despues del bombardeo, segun una fotografra de los se1iores Lain6 y Billardet.



Los guías de Chamouni ascendiendo al monte Blanco para enarbolar en la cima el pabellon francés, el 5 de julio.

vida de los togados y hasta la fecha no es infundado el razonamiento. Poco importa que las pasiones sean mezquinas y vulgares los intereses: con igual empeño acojen la cuestión de un medianil que la separación de cuerpo, la bancarrota que el asesinato. Nuestro punto de vista como cronistas es muy distinto: lo imprevisto, lo pintoresco, la fisonomía de las costumbres, el personaje conocido, el drama, la comedia, tales son los cuadros que el lector nos exige, tal la novedad que procuramos descubrir, entresacar y detener al paso en medio de ese cafarname de causas, en ese tonel de las Danaidas que se vacía y se llena continuamente. Pero á cuántas decepciones no está espuesto el oficio del hombre que pasa por su tamiz los acontecimientos hebdomadarios! Así es como esta semana han cruzado por delante de mi vista dos nombres llenos de ilusiones para el cronista, los de la señorita Lagier y de M. David. La señorita Lagier, artista de grandes dotes, tan sobresaliente en el género serio como en el cómico, quien en su nueva creación de la Reina Bacanal entusiasmo al público, ya con las gracias de su persona, ya con la fuerza de su acción, ya con su audacia en el baile, compositora y poeta á la vez, mujer de talento y fisonomía original en el templo de Talia: David, antiguo socio del Teatro Francés, el último mímico de la escuela caballeresca á quien he visto, en el papel de conde de Almaviva, con sombrero de plumas, botas amarillas y jubon acuchillado; David, actor lleno de fuego y de pasión, quien en su tiempo pasó por innovador y al que un cronista de la Restauración decía: « *Euge, fili, euge!*... » « Animo, David! continúa evitando los senderos trillados, » y abriéndote uno nuevo en el campo de Talia. » Los aplausos prodigados á Víctor entre los cómicos, te probarán hasta donde puede conducirte tu poderoso aliento. Abandona el coturno, si es preciso, y cálzate el humilde zueco, que un día te llevará á la cumbre de la gloria. »

Decía pues, que al través de estos dos nombres de David y Lagier, veía dos litigios curiosos y fecundos en chistes, cuando por una y otra parte no he encontrado mas que una cuestión de embargo que hallaría digno lugar en la obra que M. Fr. Roger acaba de publicar, lo cual no deja de ser un triste plato para la mesa de un cronista. David litigaba contra su mujer por haberle secuestrado su pensión, y la señorita Lagier contra una acreedora, modista, que procediera de la misma suerte con su sueldo teatral. David ganó su litigio y el tribunal, aplicando el decreto de Moscu, falló que la pensión de retiro de los socios de la Comedia-Francesa es intransmisible é insecuestrable. La señorita Lagier no fué tan afortunada: sostenía que los veinte francos que la da M. de Chilly por cada representación debían considerarse destinados á sus alimentos y por tanto libres de la acción de su acreedora. El tribunal no opinó así y falló que con quince francos diarios, — y un poco de economía, — la joven actriz tenía lo suficiente, conservándose el secuestro del resto de la suma.

Sirva pues de norma á los artistas dramáticos y en caso necesario á los mercaderes.

Nadie pondrá en duda que el crédito es una cosa muy hermosa, cómoda para el comprador, y útil para el vendedor que encuentra en ella un medio infalible de adquirir parroquianos. Pero si este medio no se maneja con cierto tino, sucede muchas veces que se quiebra entre las manos del comerciante, esponiéndole á serios disgustos, y lo que es mas, á considerables pérdidas. No hace mucho tiempo que referí la historia de un mercader de novedades, que, al abrir crédito á una elegante marquesa, cometió la imperdonable falta de no solicitar la competente autorización del señor marqués. Hé aquí, pues, otros infelices

comerciantes que acaban de recibir un tristísimo desengaño en pena de su excesiva confianza; desengaño tanto mas sensible, cuanto que esta vez no se trata de una joven y aristocrática *liona*, sino, lo que es mas humillante, de un prosaico y simple cocinero.

Llamábase este mocito Luciano Renaut, y ejercía el arte culinario ante los hornillos del Sr. Arcos, rico español que habita un magnífico palacio en la avenida de los Campos Elíseos, y cuya fortuna asciende por lo menos á cincuenta mil libras de renta. Cierta día, yá porque el asado saliera de manos del artista un poco chamuscado, ya porque las confituras no estuvieran en punto, Luciano Renaut fué puesto de patitas en la calle, despues de haber recibido el importe de su cuenta; pero no abandonó la casa donde había servido sin lanzar á su amo la flecha del Parto. Algunos días despues de este *cambio de ministerio*, el ayuda de cámara del Sr. Arcos entró en su gabinete presentándole, sobre una bandeja de plata, un papel plegado en cuatro dobleces: era una cuenta del carnicero por valor de seiscientos sesenta y tres fr. A la siguiente mañana apareció el mercader de comestibles con otra cuenta de mil cuarenta y un fr., luego el panadero con una tercera de mil cincuenta y nueve, despues el vendedor de frutas con otra de mil doscientos ocho, mas tarde el recovero con una quinta nota de mil trescientos, y tras éste otro, y otro, cada cual con su correspondiente *receta*: era, en fin, una verdadera procesion de acreedores. Para todas estas compras el Sr. Arcos había dado á su cocinero el dinero necesario; pero éste, por lo visto, se lo embolsaba como suplemento de su haber mensual, tomando á crédito á nombre del capitalista cuanto se necesitaba para el consumo de la casa. De aquí el consiguiente proceso, y el curioso diálogo, que van á ver nuestros lectores, entre el Sr. Arcos y los chasqueados mercaderes:

CORO DE MERCADERES. — Caballero, en casa de usted se han consumido los artículos que reclamamos, á saber: nuestros panes, nuestras frutas, nuestras chuletas, nuestra volatería, nuestros efectos ultramarinos... páguelos, pues; nada mas justo.

Sr. ARCOS. — Verdad es que los he consumido; pero tambien lo es que he entregado su importe á Luciano Renaut, con quien ustedes deben entenderse.

CORO DE MERCADERES. — Luciano Renaut tomó ya las de Villa-Diego, y como era el encargado de la casa, usted es el responsable de las deudas adquiridas en su nombre.

Sr. ARCOS. — Yo no he dado poder ninguno á Luciano Renaut. Si ustedes le han vendido á crédito, habrá sido por su cuenta y riesgo, por consiguiente tanto peor para ustedes.

CORO DE MERCADERES. — ¿Y ese es el lenguaje de un gran señor, de un noble y rico castellano? ¡El señor Arcos olvida que en la sociedad de que forma parte, en el barrio que habita, no es con el dueño, sino con sus criados, con sus mayordomos, con sus cocineros con quienes tratan y arreglan sus cuentas los mercaderes! Recordádselo, señores magistrados, protectores del débil y custodios del comercio.

Sr. ARCOS. — ¿Y es tambien ese el lenguaje, la conducta de comerciantes prudentes y leales? Los que así se espresan olvidan que es deber de todo espendedor que vende fiado asegurarse del consentimiento del amo: que quien se entrega sin desconfianza á los domésticos, lleva su merecido cuando es por ellos engañado! Recordádselo, señores jueces, protectores del fuerte como del débil y custodios de la familia!

El Sr. Arcos salió victorioso en la lid. Restaba en verdad á los mercaderes burlados el recurso de perseguir á Luciano Renaut. — Mas témome mu-

cho que su persecucion no tenga un éxito feliz.

Turco es el nombre de un can, pero que can! Nacido en Terra-Nova, de un metro de alto, tan dócil como gallardo, tan inteligente como dócil, es el fénix de los canes.

Turco perteneció al médico Guizard, antiguo legislador en 1848 y ex-comisario de la República en el departamento de la Creuse. Guizard tenía un cariño loco á su perro: jamás ponía el pié en la calle sin que Turco estuviese á su lado con las orejas erguidas y la cola en forma de rosca: jamás hizo una visita sin la compañía de su fiel animal: Guizard era la edicion moderna de San Roque.

Un día que el cielo se desgajaba en copiosos aguaceros, Turco, algo cansado, se quedó á la zaga de su dueño, concluyendo por estraviarse. Lleno de lodo, con la vista errante, la lengua jadeante y con la boca espumosa, entró apresuradamente en la aldea de Croze. Tuvieronle miedo, creyéndole atacado de hidrofobia: los jóvenes Lamoreux y Bareige acudieron con sus escopetas y Turco cayó sin vida á impulsos del mortífero plomo.

Apenas brillaba en sus ojos el sol de su segunda primavera.

M. Guizard no se contentó con derramar lágrimas sobre su malhadado can, sino que quiso tambien vengarle. En su consecuencia, Lamoreux y Bareige fueron citados ante el Tribunal de Gueret y requeridos del pago de dos mil francos como indemnizacion del atentado de que Turco había sido víctima.

La causa fué en extremo ruidosa. La ciudad se declaró en favor de Turco: los aldeanos y las poblaciones rurales le manifestaban menos simpatía. Llega por fin el día de audiencia, proclámase la inocencia de Turco, y sus asesinos son condenados en mancomun al pago de doscientos cincuenta francos de daños y perjuicios.

Apelaron al Tribunal superior de Limoges. Instruido nuevo sumario, los apelantes presentan diez y seis testigos unánimes en afirmar que la muerte de Turco fué en beneficio de la seguridad pública. La deposición de M. Cacard padre, teniente de alcalde de Saint-Fiel, merece una mención especial. — « A los pocos instantes de fallecer Turco, — dice el testigo para concluir, — llega un individuo, criado de Fillerasse, y nos dijo: Qué habeis hecho? Habeis matado el can de M. Guizard. Yo le respondí: Buen provecho! le habria muerto aunque hubiera sido el perro del mismo emperador. »

M. Cacard, padre, es todo un espartano!

Mma. Guizard, hoy viuda, — porque su esposo no sobrevivió á su triunfo mas que veinticuatro horas, — presentó por su parte treinta y seis testigos para entonar las alabanzas de Turco! Qué rara era su inteligencia! cuánta su amabilidad! cuál su dulzura! Qué bonachon era el pobre Turco! Tal vez demasiado! Su bondad rayaba en poltronería hasta tal punto, que con frecuencia escitaba la indignación de M. Redon, antiguo militar condecorado con la cruz de la legión de honor: « Le he visto, decía éste, huir de unos miserables gozquecillos, añadiendo: si no hubiera temido ofender al amor propio de M. Guizard se lo habria dicho á él mismo. »

Pero á pesar de estos testimonios, á pesar de una memoria de treinta páginas consagrada á la rehabilitación de Turco, á pesar de la defensa elocuente del abogado de la viuda de Guizard, el fallo del Tribunal de Gueret fué reformado. Turco quedará sin venganza! — Pero no le habrán faltado suntuosos funerales, el fallo de un tribunal, apelación, sentencia definitiva, dos memorias, cincuenta testigos, cuatro defensas, cinco audiencias y mil quinientos francos de costas: que tanto han

valido los dos tiros asestados al noble cuadrúpedo! — Oh sombra de Turco, debes al fin descansar aplacada!

PETIT-JEAN.
(Trad. A. L. de B.)

PARIS DESCONOCIDO.

LOS TAPETES VERDES.

El personal. — Varios tipos.

(Continuacion.)

No hay círculo ni reunion de jugadores, pública ó clandestina, que no cuente en su centro algun halcon de la especie del que acabamos de retratar. Su habilidad, su inteligencia superior y su inalterable sangre fria, hacen que al cabo vayan á parar á su bolsillo cuantas sumas aportan los otros al juego. Con esta clase de lobos, la partida nunca es igual; y si por ventura se dejan ganar algunos cuartos, es un préstamo usurario que hacen á sus víctimas, un pequeño cebo que les ofrecen, para tomar bien pronto un cruel desquite, embolsándose un luis por cada céntimo perdido. Para reasumir, todo hombre que reflexione un poco sobre la materia, comprende en seguida que el juego sólo aprovecha á la banca (la cual siempre gana), á los *griegos* (que juegan á golpe seguro) y á los halcones (cuya superioridad sobre los otros jugadores los hace dueños absolutos del campo).

Sucede con frecuencia, que á fuerza de perder, el pichon llega á hacerse maestro y á convertirse en halcon de primer orden. Sin embargo, hay pichones que permanecen tales todo el resto de su vida: estos son los jugadores honrados por naturaleza y por carácter, y, sabido es que en materia de juego quien dice honrado dice víctima. Me han enseñado uno de estos pichones, cuyos rasgos característicos debo trazar para que formen contraste con los del halcon de pura raza. El *bacarrat*, juego al que era sumamente aficionado, le iba costando en poco mas de dos años y medio sobre unos 200,000 francos, capital que constituía casi toda su fortuna. Cuando yo le ví estaba tan demacrado, sin duda por el sufrimiento moral, que bien pudiera haberse dichado él, con sobrada razon, que no estaba visible sino de perfil. Tenía un pequeño empleo de mil escudos en una administracion pública, y á menudo le sucedia perder en pocas horas el sueldo de un año de trabajos y de esclavitud. Pasaba toda la noche en el juego, dormia algunas horas en su oficina, reclinando la cabeza sobre el pupitre, y si por ventura se acostaba algunos ratos, era sólo al dia siguiente de una gran pérdida, cuando no le quedaba ningun recurso para volver al tapete. Siempre que penetraba en el salon de juego, se veían retratadas en su semblante la alegría y la confianza. Su escesiva fé era la causa de su ruina. Cuando por casualidad ganaba algunas pequeñas cantidades, su buen humor rayaba en delirio, tanto, que se hacia insoportable á los otros jugadores, á quienes (¡el infeliz!) asaeteaba con bromas picantes y crueles, y con su facundia y oportunidad gasconas. Una ganancia de 100 francos era suficiente para que abandonase el puesto y saliera del salon mas alegre que un chiquillo en dia de feria, sin acordarse de los mil que habia perdido la víspera y que habian pasado por encanto milagroso á las hábiles manos de algun halcon. Si perdía un solo luis, se callaba, se ponía mustio, sério, impertinente, y al punto jugaba otro para desquitarse, porque su avaricia era estremada. Luego, no dominándose ya, no perdonaba golpe, apuntaba con frenesí, y perdía con furor. Segun la expresion *pintoresca* de los jugadores, estaba *mordido*, mordido en el corazon por el demonio de la pérdida, y circulando el veneno rápidamente por sus ner-

vios, le prestaba todo el horrible aspecto de un energúmeno. Daba lástima verle en aquellos momentos. No era un hombre, sino un animal, un idiota. Poníase pálido como un condenado á muerte, bañaba el sudor su rostro, sus labios se estremecian, y su voz era ronca y como entrecortada por ahogados sollozos. Daba ó recibia las cartas con cólera, arrojándolas con indignacion y estrujándolas cuando no las rompía. Se levantaba, cambiaba de sitio, jugaba en pié, se echaba sobre la mesa, componia y descomponia las sillas, acusaba á Dios, á los hombres y á sí mismo de su maldita suerte, y sólo se decidía á marcharse, cuando se hallaban agotados su dinero... y su crédito. Cuando esto sucedia era ya por la mañana, y entonces iba á su oficina, á su trabajo diario para ganar sus 8 fr. 33 c. de sueldo. Jamás tuvo el acierto de perder poco y de ganar mucho, sino todo al contrario. Era uno de esos jugadores avariciosos que se niegan lo necesario, que son incapaces de aprovechar un buen cuarto de hora, una *vena* afortunada (lo que en la jerga del juego significa no « tener estómago »), y que pierden la serenidad en cuanto pierden cien sueldos: jugadores, en fin, que están predestinados para una ruina segura.

Si el pichon se convierte á menudo en halcon, éste á su vez puede trocarse en griego, y entonces se realiza el horóscopo citado mas arriba.

Al estudiar las diversas fisonomías de una reunion de jugadores, llama sobre manera la atencion su semejanza; es lo mismo que si uno contemplase un vestido de arlequin compuesto de piezas de todos colores y de todos paños. — Véanse allí contonearse y perorar jentes á quienes nadie saludaria en la calle, y parecen tan felices en el garito como los peces de colores en sus bombas de cristal. Son los parroquianos, los abonados infalibles: hablan como oráculos, resuelven magistralmente sobre los puntos difíciles y tutean á las mujeres. Si se levantara el velo misterioso que encubre sus equívocos antecedentes, habria que dejarle caer al punto para evitar la asfixia. Jóvenes ó viejos, militares ó paisanos, hijos de familia, príncipes proscritos, antiguos notarios, ex-banqueros, mercaderes de hombres, gefes de comandita, prestamistas, corredores, artistas ó criados, todos, ó la mayor parte de ellos, tienen una mancha en el corazon y un capítulo de su vida que nunca descubrirían de buen grado. ¡Y no obstante, jugadores cándidos y honrados, dais la mano á esos hombres corrompidos, y ellos os la aprietan con efusion para dejaros sin un cuarto en la bolsa!

Hay tambien otros tipos, que bien pueden denominarse los Misteriosos: estos son los que tan pronto están aquí como allí, los que no se ciñen á ningun sistema fijo, puesto que hoy viven del juego y mañana de otra cosa cualquiera; los que aparecen y desaparecen á los ojos del mundo como las sombras chinescas de un lienzo fantasmagórico, sin que dejen en la memoria de los espectadores mas que un recuerdo fugitivo. ¿De dónde vienen? ¿á dónde van? ¿qué hacen? ¿cómo viven? Nadie sabe sino dos cosas: que no tienen ningun medio de subsistencia conocida y que nunca trabajan. Sin embargo, se les ve llegar á los círculos y á las mesas de juego resplandecientes de lujo, con un brillante de 1,500 francos en el dedo meñique, magníficas esmeraldas en las vueltas de la camisa, y abundancia de billetes de banco en la cartera, cuyo valor haria la fortuna de una familia. ¿De dónde les viene? ¡Profundo misterio! — ¿Heredan quizá? Nada menos que eso: todos han derrochado su patrimonio y ninguno espera la muerte de un tío en Indias. Semejantes personajes son la incógnita, la X de esa sociedad nocturna que á su vez es ella misma un verdadero problema.

Dos individuos de esta indefinible raza de los

misteriosos han llamado particularmente mi atencion. Uno de ellos era un apuesto jóven de treinta años escasos... y hermoso como una mujer, á pesar de su retorcido y sedoso bigote negro. — Tenia los ojos garzos, la mirada húmeda y magnética, las mejillas frescas y aterciopeladas, y el carmin de sus labios hubiera podido causar envidia á una rosa de cien hojas. La negra y abundante cabellera que encuadraba el óvalo de su espresiva fisonomía, hacia resaltar dollemente la blancura de su cutis. Toda su persona tenia en fin un aire distinguido, y sin embargo, se le notaba cierta vacilacion en los movimientos, cierto esfuerzo interior para aparentar la calma y el aplomo de una conciencia tranquila: no se necesitaba ser muy observador para conocer en él esta inquietud constante, hija sin duda de lo falso de su posicion, y de esa voz llamada remordimiento que se eleva desde el fondo de nuestra alma para reprocharnos las acciones que atentan contra las leyes morales... Nada se sabia acerca de sus antecedentes, sino que era hijo de una honrada familia del mediodía de Francia que desde largo tiempo habia roto con él toda clase de relaciones. Se espresaba con facilidad, y su lenguaje era escojido y culto: quizá pecaba por demasiado hablador, pero los que le conocían por vez primera atribuían esta incontinencia á su juventud y falta de mundo (puesto que apenas representaba veinticinco años), y fácilmente le perdonaban este ligero defecto, perdido entre tantas otras buenas cualidades. Era el ídolo de las mujeres, y los hombres le encontraban muy superior en gallardía y finura para mirarle sin envidia.

Como se vé, hubiera podido muy bien, por su arrogante físico, pasar por un héroe de novela. Sin embargo, no he hecho mas que daguerreotiparle, y todos cuantos le han conocido convendrán en que no he tratado de embellecer el original poco ni mucho. La copia es rigurosamente exacta.

EDUARDO GOURDON.

LLEGADA Á LYON DE LOS DESTACAMENTOS DE LA BRIGADA DE SABOYA.

De una semana á esta parte, llegan á Lyon todos los dias los destacamentos de las tropas que formaban, en el ejército sardo, la brigada de Saboya, y que deben ser incorporados al ejército francés. Estas tropas, por su buen aspecto, el vigor y el talante marcial de los hombres que las componen, justifican la reputacion que han adquirido. Son casi todos ellos soldados robustos, de facciones acentuadas, de aspecto esencialmente militar pero un poco severo; su uniforme ordinario se compone de una chaqueta de tela blanca. Llegan sin armas, con levitas de azul oscuro, ó con capotones grises y con kepis de forma mas baja que los que se usan entre nosotros. Algunos llevan gorras de algodón azul que les caen muy mal, por mas empeño que tengan en sacar el mejor partido posible de este tocado poco belicoso. Los oficiales, además de las insignias militares ordinarias, se reconocen por una cinta de muaré azul celeste colocada al través del pecho. Los ginetes llevan una levita muy corta, con dos hileras de botones y charreteras de metal cuyas franjas se hallan reemplazadas por una cinta de algodón. La forniture es blanca.

En la noche, los recién llegados se esparcen en grupos por la ciudad, en la cual no estrañan enteramente su país á causa de la cercanía de la Saboya. Los bersaglieri recorren las calles con una velocidad que sorprende aun hasta nuestros cazadores á pié; estos parecen algo celosos por los sombreritos con plumas de sus nuevos camaradas: los ginetes, que formarán robustos dragones, hacen resonar sus espuelas en el empedrado; en

cuanto á los soldados de infantería, fraternizan con los nuestros, y entablan con ellos largas disertaciones acerca de la carga en doce tiempos, de las diferencias del uniforme y de las maniobras francesa y sarda.

E. JULIN.
(J. R.)

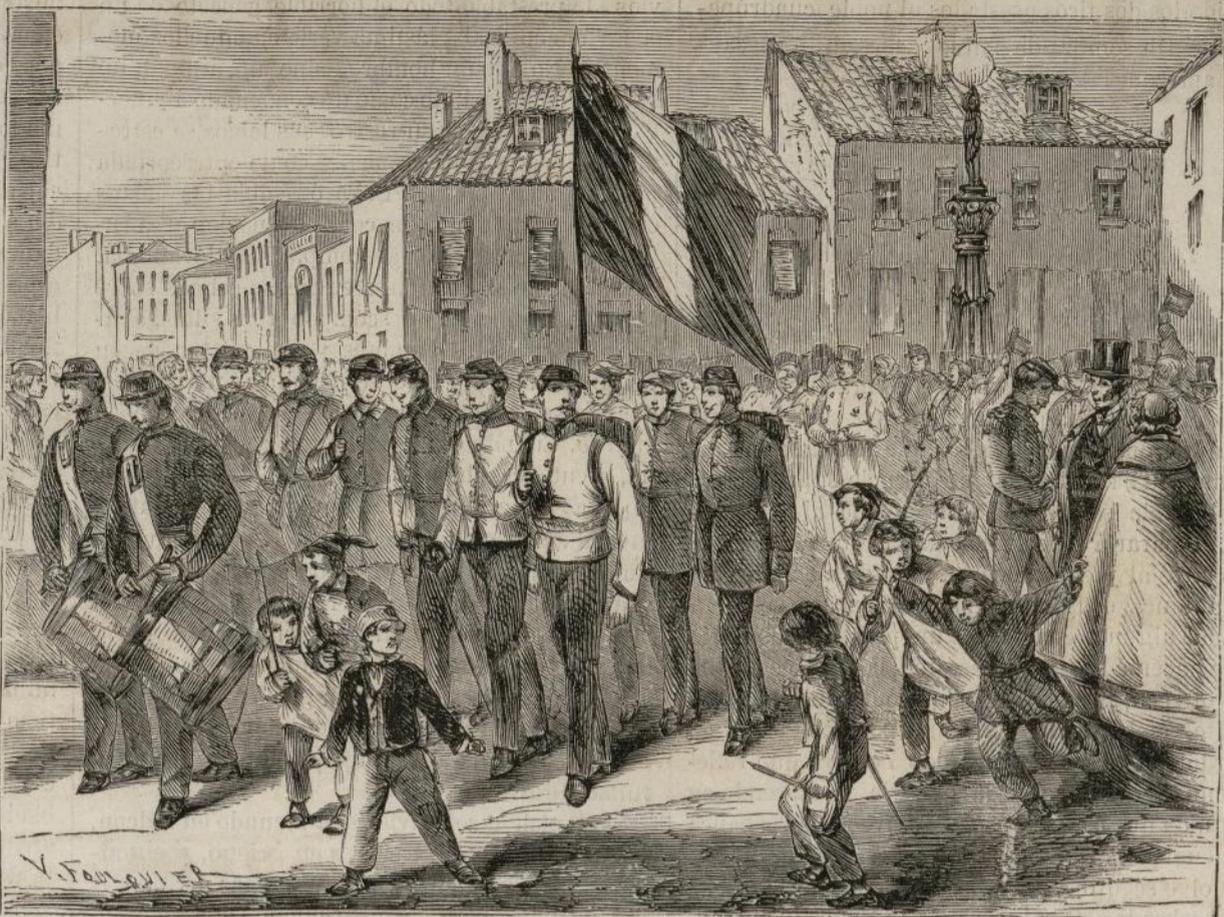
INCENDIO DEL COLEGIO DE SAN-GUILLERMO
EN STRASBURGO.

Si habeis permanecido algunas horas en Strasburgo, conoceréis el *Templo nuevo*. El horrendo aspecto de su techo cubierto de tejas que se bañan en las mas altas nieblas del otoño ha debido fijar necesariamente vuestras miradas.

Este vasto edificio, cuyo origen se pierde en las cercanías del año 1254, fué construido por los religiosos del orden de Santo Domingo. Ayudados por las liberalidades de dos familias señoriales, edificaron en las afueras una iglesia y un claustro que fueron terminados completamente en 1345.

Su denominacion actual de *Templo nuevo* que, aplicada á una antigua construcción, parece bastante singular, data de 1681, época en que los protestantes, desposeidos de la catedral que ellos habian ocupado casi sin interrupcion hasta entonces, recibieron en cambio este antiguo edificio claustral, cuyo estado de deterioro bastante avanzado hizo tan urgentes y tan radicales las reparaciones, que la vieja iglesia transformada recibió el nombre de *Templo nuevo* que le imponian su nuevo destino y reciente reconstruccion.

Hoy, la biblioteca de la ciudad ocupa el coro de la iglesia, y las galerías ó corredores del antiguo claustro de los Dominicos, contiguos á esta iglesia, se hallan invadidos por las muestras de los librerios. Estos forman, con la librería de M. Pilon, el piso bajo de los edificios que componen el colegio de San Guillermo. Los pisos superiores servian de dormitorios á los discípulos de la facultad de teología, y en el ángulo formado por la biblioteca y uno de los lados del colegio se encontraba el gimnasio protestante. Tal fué la cuna de la cual salió en el siglo diez y seis esa generacion de sabios á quienes debe Strasburgo su re-



Llegada á Lyon de las tropas de la brigada de Saboya, conforme á un croquis de M. Steyert.

putacion científica que aun hoy quiere perpetuar.

En una parte de estos edificios fueron abiertos, el 22 de marzo de 1538, los cursos del gimnasio, bajo la direccion de Juan Sturm de Sleida.

En 1566, el emperador Maximiliano otorgó al gimnasio el título de academia, que Fernando II erigió en universidad cincuenta y cinco años despues.

Este vasto edificio no es hoy mas que un monton de escombros.

En uno de los graneros que servian á algunos librerios de la ciudad de depósito para los libros que no eran ya de venta corriente, es en donde comenzó el incendio en la tarde del 29 de junio.

La llama, activada é impelida por un fuerte viento del oeste, abrazó y abrasó muy pronto

todo el cuadro del colegio de San Guillermo, lamiendo el tejado del Templo nuevo y haciendo temer por la biblioteca de la ciudad. La espantosa rapidéz de la plaga, fomentada por la prodigiosa masa de papel que encontraba en su camino, devoró muy pronto todo lo que contenian los graneros. Solamente derribando una parte de los tejados fué como se le pudo cortar el camino y obligar al incendio á detenerse delante de las espesas paredes y la puerta de hierro que garantizaban la biblioteca. En cuanto á los cincuenta estudiantes de teología que habitaban en el colegio de San Guillermo, la mayor parte de ellos no poseen ya mas que lo que llevan encapillado.

En medio de la confusion inevitable por semejante incendio, todos han notado la valerosa conducta de un artillero, el corneta Depuyper, quien bajó en sus hombros á M. Pilon, el librero, despues de haber pasado por una ventana del primer piso, cuyas barras tuvo que romper con el hacha. M. Eug. Hepp, á quien debemos el dibujo de este desastre, no ha tenido empeño en comunicarnos la vista del incendio. Ha preferido, y nuestros lectores le felicitarán con nosotros, el reproducir el lado mas pintoresco de estas tristes ruinas, el desolado aspecto del jardin cuyo verdor se halla completamente tostado, calcinado por la elevada temperatura de aquel horno.

En este croquis, como siempre, M. Eug. Hepp se ha mostrado un artista hábil en la eleccion de su punto de vista y en la ejecucion de su dibujo.

LÉO DE BERNARD.
(J. R.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

AVISO.

Se previene á los Sres. suscritores de España, por trimestres, que el segundo de su suscripcion al MUNDO ILUSTRADO terminará con el número 26, y que si no quieren experimentar retraso en la recepcion de los números subsiguientes del periódico, se servirán renovar la sin demora.

Paris.—IMP. DE LA LIBRAIRIE NOUVELLE, A. Boudillat, 15, rue Bréda



Incendio del colegio de San Guillermo en Strasburgo el 29 de junio. (Croquis de M. E. Hepp.)